



*No tenéis mas que responder, dijo el desconocido q<sup>e</sup> soy el bastardo de Mauleon.*

# EL BASTARDO

DE

M A U L E O N .

NOVELA

escrita en frances

POR ALEJANDRO DUMAS,

*traducida*

POR D. S. G.

TOMO VII.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,  
Calle del Marques.

N.º 10 y 12.

B. 21. 416

*Es propiedad de la  
casa de Martinez de  
Aguilar.*

---

---

## EL BASTARDO

### de Mauleon.

---

#### La prision del buen condestable.

**E**ntretanto Duguesclin habia sido conducido á Burdeos, residencia del príncipe de Gales, donde se veia tratado con las mayores consideraciones, si bien como á un prisionero á quien se vigila estraordinariamente.

El castillo en el cual le habian encerrado, tenia un gobernador y

un alcaide. Cien hombres armados hacian la guardia, y no dejaban penetrar á nadie cerca del condestable.

Sin embargo, oficiales muy distinguidos del ejército inglés, tenían á mucha honra el visitar al prisionero. Juan Chandos, el señor Albret y los principales caballeros de la Guyena obtuvieron permiso de comer y cenar varias veces con Duguesclin, el cual, buen convidado y jovial compañero, los recibia magníficamente, y para tratarlos mejor tomaba dinero á los lombrados de Burdeos sobre sus propiedades de Bretaña. Poco á poco logró el condestable disminuir los recelos de la guarnicion. Parecia complacerse en su encarcelamiento, y en nada dejaba conocer su deseo de verse libre.

Cuando el príncipe de Gales le visitaba y le hablaba de su rescate sonriéndose, decia el buen condestable:

—Qué se ha de hacer, Monseñor, paciencia!

El príncipe entonces le confiaba sus cuitas. Duguesclin con su acostumbrada franqueza le censuraba que hubiese puesto su talento y su poder al servicio de una causa tan mala como la de don Pedro.

—Cómo, le decia, es posible que un caballero de vuestros méritos y de vuestra alcurnia se haya rebajado á defender á ese asesino, á ese bribon, á ese renegado coronado!

—Una razon de estado, replicaba el príncipe, me ha inducido á ello.

—Y el deseo de inquietar la Francia ¿no es verdad? respondia el condestable.

—¡Ah, caballero Duguesclin, no me hagais hablar de política, decia el príncipe.

Y se reian.

A veces la duquesa, muger del príncipe, enviaba á Beltran refrescos y finezas, obra de sus manos, y con

estas dulces atenciones se le hacia mas soportable al prisionero la estancia en el castillo.

Pero no tenia cerca de sí persona alguna á quien poder confiar sus amarguras, que por cierto eran profundas. Veia transcurrir el tiempo; sentia que un ejército organizado con tanto trabajo se fuese disolviendo de dia en dia, haciéndose cada vez mas difícil su reorganizacion.

Tenia casi delante de sus ojos el espectáculo de la cautividad de mil doscientos oficiales y soldados, compañeros suyos, cojidos en Navarrete, centro de un ejército invencible, que una vez recobrada su libertad, reunirian con ardor los restos de ese gran poder abrumado en un dia de imprevista derrota.

Muchas veces pensaba en el Rey de Francia, muy embarazado sin duda á la sazón.

Veia desde el fondo de su tenebrosa prision al estimado y respe-

tabla señor paseándose con la cabeza baja por los jardines de *Saint-Paul*, ora lamentándose, ora embebido en la esperanza, y diciendo como Augusto: «Beltran, vuélveme mis legiones!»

Y entretanto, añadía Duguesclin en sus monólogos interiores, la Francia se ve devorada por el reflujo de las Compañías, por los Caverley y los Verdes caballeros que como la langosta en los campos, así destruyen la cosecha de los pobres pueblos.

Luego Duguesclin pensaba en la España, en los insolentes abusos de don Pedro, en la oscura condicion de don Enrique, alejado para siempre del trono, al cual apenas había tocado con su mano.

Entonces el condestable no podía dejar de acusar la cobarde indolencia de este príncipe, el cual, en vez de proseguir su obra con ardor y entusiasmo, consagrando-

le toda su fortuna y hasta su misma vida, en vez de sublevar la mitad de la cristiandad contra los infieles españoles adictos á don Pedro, mendigaba quizá pobremente su vida, cerca de algun oscuro castellano.

Cuando este mar de pensamientos inundaba el ánimo del buen condestable, parecíale odiosa la prision; miraba las rejas de hierro como Sanson los goznes de las puertas de Gaza, y se sentia con fuerzas suficientes para llevarse sobre sus hombros aquellas enormes murallas.

Pero la prudencia le aconsejaba poner buen semblante; y como á su lealtad bretona unia Beltran la astucia del bajo normando; como era á la vez fuerte y delicado, jamas se entregaba el condestable con extremo al gozo, ni bebia con tanto entusiasmo como en los momentos de enojo y amargura.

Así logró engañar á algunos de los mas sagaces ingleses.

Entretanto una autoridad superior mantenía en torno del prisionero la mas esquisita vigilancia.

Demasiado orgulloso para quejarse de esto, no sabia el condestable á quién ni á qué atribuir este aparato de severidad, que llegaba hasta el punto de interceptarle las cartas que le dirigian de Francia.

La corte de Inglaterra habia mirado la captura de Duguesclin como uno de los mas brillantes resultados de la victoria de Navarrete.

En efecto, el condestable era el único obstáculo temible que podian encontrar en España los ingleses, mandados por un héroe como el príncipe de Gáles.

El Rey Eduardo, asaz bien aconsejado, queria estender poco á poco su predominio en este pais destrozado por la guerra civil.

Conocia que don Pedro, aliado de los moros, seria destronado tarde ó temprano, y que vencido y muerto don Enrique, no quedaban mas pretendientes á la corona de Castilla, que desde entonces seria facil presa del ejército victorioso del príncipe de Gáles.

Pero si Beltran se veia libre y las cosas mudaban de aspecto, podia volver á España, reconquistar las ventajas perdidas en Navarrete, espulsar á los ingleses y á don Pedro, instalar para siempre á Enrique de Trastamara, y destruir completamente el plan de dominacion que hacia cinco años preocupaba los consejos del Rey de Inglaterra.

Eduardo juzgaba los hombres menos caballerosamente que su hijo. Suponia que el condestable podia fugarse, y que si no se fugaba podia ser arrebatado; que aun estando preso y cargado de cadenas,

esto no le impedía dar un buen consejo, un buen plan de invasión, una esperanza del partido vencido.

Por estas razones Eduardo había colocado cerca de Duguesclin dos personas incorruptibles, el gobernador y el alcaide, los cuales solo dependían de la autoridad directa del gran consejo de Inglaterra.

Como el príncipe de Gáles era tan eminentemente noble y leal, no le comunicaba Eduardo las miras ocultas de sus consejeros, temiendo que aquel príncipe tratase de suscitarles obstáculos con una resistencia magnánima. El hecho es que el monarca inglés no quería por ningún precio entregar el prisionero mediante un rescate, y ganando tiempo esperaba sacarle del poder del príncipe de Gáles y hacerle conducir á Londres, cuya torre le parecía mas fiel depositario que el castillo de

Burdeos para un tesoro de tanta valia.

Ciertamente, si el príncipe de Gáles hubiera tenido la menor idea de semejante determinacion, hubiera puesto en libertad á Duguesclin antes de recibir la órden oficial. Asi se aguardaba en Lóndres á que los negocios de España estuviesen mas en órden, que don Pedro apareciese sólidamente restablecido en su trono, y que la Francia se viese constantemente amenazada, para poder llamar al príncipe á Lóndres con su prisionero, por un golpe de estado repentino y una órden terminante del supremo consejo.

Se ve, pues, que el monarca inglés solo esperaba el momento oportuno.

Duguesclin no sospechaba siquiera la tormenta. Vivía confiado bajo la mano, que creia poderosa del vencedor de Navarrete.

Por fin, alumbró las rejas de su

calabozo el día tan deseado por el ilustre prisionero.

El señor de Laval acababa de llegar á Burdeos con el rescate.

Este noble breton manifestó su encargo y sus intentos al príncipe de Gales.

Era la hora del mediodía.

El sol iluminaba oblicuamente la morada del condestable, el cual solo á la sazón, contemplaba con tristeza los rayos sobre la pared ennegrecida.

Sonaron las trompetas, tocaron los tambores, de lo cual infirió Beltran que acababa de llegar la visita de algun personaje ilustre.

A poco rato entró el príncipe de Gales en su cuarto con la cabeza descubierta y el semblante risueño.

—Y bien! señor condestable, le dijo mientras que Dugesclin le saludaba hincando una rodilla en tierra: no queriais ver el sol?... está bellísimo esta mañana.

—Lo cierto es, Monseñor, replicó Duguescliu, que yo preferiría el canto de los ruiseñores de mi país al chillido de los ratones de Burdeos; pero á lo que Dios dispone, nada tiene el hombre que replicar.

—Muy al contrario, señor condestable, algunas veces Dios propone y el hombre dispone. Sabéis las noticias de vuestro país?

—No, Monseñor, contestó Beltran con acento conmovido; tales eran las angustias y placeres que ese dulce nombre escitaban en su corazón.

—Pues bien! señor condestable, vais á recobrar la libertad, ya ha llegado la suma de vuestro rescate.

Hablando así, el príncipe alargó la mano á Beltran, que le miraba estupefacto, y le dejó sonriéndose.

Al llegar á la puerta dijo al oficial encargado de la custodia del prisionero:

—Señor gobernador, hacedme el

gusto de mandar que entren junto al condestable el amigo y el dinero que acaban de llegar de Francia.

Esta inesperada llegada de Laval, destruía todos los planes del consejo de Inglaterra, y Duguesclin iba á ser libre á pesar de todo.

Sin una órden espresa del Rey Eduardo, el gobernador no podia oponerse á la voluntad del príncipe de Gales, y esta órden no habia llegado.

—Sin embargo, el gobernador conocia las intenciones secretas del consejo de Inglaterra, sabia que la salida del condestable seria un manantial de desgracias para su patria, y un disgusto para el Rey Eduardo. Resolvióse, pues, á hacer por sí mismo lo que el gobierno no habia podido hacer aun por efecto de la rapidez extraordinaria con que Mauleon habia hecho su expedicion, y por el entusiasta celo de los bre

tones en libertar á su héroe.

Por consiguiente en vez de dar sus órdenes al alcaide, segun el príncipe de Gales se lo habia prescrito, el gobernador se fue á ver al prisionero.

—Ya sois libre, señor condestable, le dijo, y verdaderamente es una desgracia para nosotros el dejar de veros.

Duguesclin se sonrió.

—Desgracia! ¿por qué? dijo con tono irónico.

—Es un honor tan grande, para un simple caballero como yo soy, custodiar á un guerrero tan poderoso como vos!

—Bueno, bueno! dijo el condestable con su jovialidad acostumbrada, yo soy de los que se dejan coger siempre en el campo de batalla. El príncipe me hará otra vez prisionero, eso es infalible, entonces podreis custodiarme de nuevo; pues os juro, que sabeis muy bien

vuestro oficio.

El gobernador exhaló un suspiro.

—Me queda sin embargo un consuelo, dijo.

—Cuál?

—Que tengo bajo mi custodia á todos vuestros compañeros, mil y doscientos bretones prisioneros tambien... con ellos hablaré de vos.

Duguesclin sintió que el gozo le abandonaba con la idea de que sus amigos iban á quedar prisioneros, mientras que él saliendo de su cautividad volveria á ver el sol de su patria.

—Estos dignos compañeros, añadió el gobernador, se afligirán mucho al veros partir; pero yo trataré de disminuir con mis buenos oficios las amarguras de su cautiverio.

Suspiró Beltran otra vez, poniéndose á pasear en silencio el suelo embaldosado de su cuarto.

— Oh ! continuó el gobernador, he ahí la bella prerrogativa del genio y del valor ! Un hombre solo vale por su mérito tanto como mil doscientos hombres juntos.

— ¿ Cómo es eso ? dijo Beltran.

— Quiero decir , señor , que la suma traída por el señor de Laval para ponerlos en libertad hubiera bastado para pagar el rescate de vuestros mil doscientos compañeros.

— Cierto es eso , murmuró el condestable mas pensativo y triste que nunca.

— Esta es la primera vez , prosiguió el inglés , que se me ha demostrado palpablemente que un hombre solo puede valer tanto como un ejército. En efecto, vuestros mil doscientos bretones , señor condestable, son un verdadero ejército , y serian capaces de hacer ellos solos una campaña. Por San Jorge , si yo me viese en vuestra situacion , y fuese tan rico como vos lo sois , no sal-

dria de aquí sino como un ilustre capitán, al frente de mis mil y doscientos guerreros!

—Hé ahí un hombre honrado, dijo para sí Duguesclin pensativo, que me enseña mi deber... No es justo, en efecto, que un hombre de carne y hueso como los demás cueste tanto á su país como mil y doscientos cristianos honrados y valientes.

El gobernador seguía con atenta y escudriñadora mirada los progresos de su insinuación.

—Con que vos creéis, dijo Beltran de repente, que los bretones no costarán mas que setenta mil florines de rescate?

—Estoy seguro, señor condestable.

—Y qué, entregando esa suma los pondría en libertad el príncipe?

—Sin regatear.

—Saldreis garante de esa palabra?

—Bajo mi honor y mi vida, dijo el gobernador estremeciéndose de gozo.

—Muy bien : os suplico que mandeis entrar aquí á mi compatriota y amigo el señor de Laval. Mandad subir tambien á mi escribano con todo lo necesario para estender una escritura en debida forma.

El gobernador no perdió tiempo, y tanta era su satisfaccion que se olvidó de que en la consigna le estaba prescrito que no dejase acercarse al prisionero mas que ingleses ó navarros, sus enemigos naturales.

Trasmitió al alcaide sorprendido la órden de Beltran, y se fue corriendo él mismo á prevenir al príncipe de Gales.

### El rescate.

**B**urdeos estaba lleno de tumulto y de agitacion por efecto de la llegada del señor de Laval con sus cuatro caballerias cargadas de oro, y los cincuenta hombres de armas que llevaban las banderas de Francia y de Bretaña.

Una multitud considerable habia seguido á la imponente comitiva y en todos los semblantes se leia , ora

la inquietud y el despecho si eran ingleses, ora el gozo y el triunfo si eran gascones ó franceses.

El señor de Laval recogia al pasar las felicitaciones de los unos y las terribles imprecaciones de los otros. Pero su continente era grave y reposado: iba detras de las trompetas, á la cabeza de la comitiva, con una mano en su puñal, la otra en la brida de su brioso corcel y con la visera levantada, hendia las olas de la multitud curiosa, sin apresurar ni contener el paso de su caballo, por mas obstáculos que encontrase en el camino.

Llegó por fin frente al castillo donde Beltran Duguesclin se hallaba prisionero, echó pie á tierra, entregó el caballo á sus escuderos y mandó á los muleteros que bajasen los cofres que contenian las especies metálicas.

Estas gentes obedecieron.

Mientras los unos descargaban

tan pesados géneros y los curiosos se aglomeraban con avidez en torno de la escolta, un caballero con la visera baja y sin colores ni otra divisa, se acercó al señor de Laval y la dijo en francés muy correcto:

—Señor, vais á tener el honor de ver al ilustre prisionero, y la dicha, mayor todavía, de ponerle en libertad; luego le conducireis en medio de los valientes que os acompañan; yo que soy uno de los buenos amigos del condestable quizá no tendré ocasion de decirle una palabra; ¿no me hariais el favor de dejarme subir con vos á su prision?

—Caballero, dijo el señor de Laval, vuestra voz acaricia agradablemente mis oídos, hablais el idioma de mi país; pero no os conozco y si me pidiesen vuestro nombre tendria que mentir...

—No teneis mas que responder,

dijo el desconocido , que soy el bastardo de Mauleon.

— Pero vos no podeis serlo , dijo con viveza Laval , puesto que el señor de Mauleon nos ha dejado para pasar á España inmediatamente.

— No me negueis ese favor ; vengo de su parte , tengo que decir al condestable una palabra , una sola...

— Pues decidme esa palabra , y yo se la transmitiré.

— No puedo decirsela á nadie mas que á él , y aun él no podrá comprenderla si no le enseño mi rostro. Señor de Laval , os suplico que no me negueis esa gracia , por el honor de las armas francesas , de las cuales soy uno de los mas decididos defensores , os lo juro delante de Dios.

— Os lo creo , señor , respondió el conde , pero teneis conmigo muy poca confianza... sabiendo quien yo soy , añadió con un sentimiento de orgullo lastimado.

—Cuando vos sepais quién soy yo, señor conde, estoy seguro que no empleareis ese lenguaje... Tres días ha que he llegado á Burdeos, y esos tres días los he pasado en poner en juego toda clase de recursos á fin de ver al condestable... y ni por oro, ni por astucia he conseguido nada.

—Pues para mí sois una persona enteramente sospechosa, replicó el conde de Laval, y no quiero por causa vuestra cargar mi conciencia con una mentira. Además, ¿qué interés teneis en subir á ver al condestable, cuando va á bajar dentro de diez minutos? Entonces le tendreis aquí, y podreis decirle esa palabra tan importante...

El desconocido se agitó con impaciencia.

—En primer lugar, dijo, yo no soy de vuestra opinion, y no considero al condestable en libertad. Tengo cierto presentimiento de que

su salida de la cárcel encontrará mas dificultades de las que suponeis , además aun admitiendo que salga dentro de diez minutos , conde , yo pudiera ganar ese tiempo en la marcha que voy á emprender , y evitaria todos los retrasos que trae consigo la ceremonia de ponerle en libertad, visita al príncipe , gracias al gobernador , banquete de despedida... os ruego , señor , que me lleveis con vos... mirad que os puedo ser útil.

El que así hablaba fue interrumpido á la sazón por el alcaide , que apareció en el umbral invitando al señor de Laval para que entrase en el castillo.

El conde se despidió de su importuno interlocutor con aire brusco.

El caballero desconocido , que parecia estremecerse bajo su armadura , se retiró al lado de una pilastra , detrás de la gente armada , y se quedó aguardando , como si

todavía tuviese esperanza, á que el último cofre entrase en la torre-cilla.

Mientras que el señor de Laval subía la escalera, se vió pasar por una galería abierta, que servía de comunicacion á las dos alas del castillo, al príncipe de Gales, precedido del gobernador y seguido de Chandos y de algunos oficiales.

El vencedor de Navarrete iba á hacer su última visita á Duguesclin.

Todo el populacho gritó, dando vivas á San Jorge por el príncipe de Gales.

Las trompetas francesas tocaron en honor del héroe, que las saludó cortesmente.

En seguida se cerraron las puertas, y agolpándose la multitud á las gradas exteriores, aguardó con terribles murmullos la salida del condestable.

Palpitó con violencia el corazón

de los soldados bretones, que iban á ver de nuevo á su gran capitán, por cuya libertad todos y cada uno de ellos hubiesen dado su propia vida.

Sin embargo, trascurrió como cosa de media hora, y la impaciencia de los concurrentes era inquietud para los bretones.

El caballero desconocido desgarraba su manopla derecha con la manopla de la mano izquierda.

Se vió aparecer de nuevo en la galería abierta á Chandos, conversando vivamente con varios oficiales, que daban muestras de hallarse aturdidos de sorpresa.

Después, cuando volvió á abrirse la puerta del castillo, en lugar de dar paso al héroe á quien debían poner en libertad, dejó ver al señor de Laval, pálido, descompuesto, temblando de emoción ante los ávidos ojos de la muchedumbre.

Muchos oficiales bretones, se

precipitaron hácia él.

— Qué novedad ocurre ? le preguntaron con ansiedad.

— Oh ! un gran desastre , un extraño acontecimiento ! replicó el conde... Pero en dónde está ese desconocido , ese profeta de desventuras ?

— Aquí estoy , dijo el caballero misterioso , ya os estaba aguardando.

— Deseais ver todavía al condestable ?

— Mas que nunca.

— Pues bien apresuraos , porque dentro de diez minutos , será demasiado tarde. Venid , venid , se halla mas prisionero que nunca.

— Ahora lo veremos , replicó el desconocido subiendo las escaleras detrás del conde , que marchaba delante.

El alcaide les abrió la puerta sonriéndose , y toda la multitud amontonada se puso á comentar de mil maneras el suceso que retardaba la

salida del condestable.

— Hola! dijo el gefe de los bretones á su gente, empuñad las espadas y... aguardaos.

**De como en vez de entregar un solo prisionero, puso el gobernador en libertad á todo un ejército.**

**E**l inglés no se habia equivocado, conocia bien su prisionero.

Apenas el señor de Laval recibió la orden de entrar en el castillo, apenas se arrojó á los brazos del condestable, apenas en fin, pasaron esos primeros momentos de mutua alegría, contemplando el condestable los cofres subidos por los

multeros hasta la entrada de su cuarto exclamó:

—Cuánto dinero! mi buen amigo...

—Jamás se ha recaudado mas fácilmente ningun impuesto, respondió el señor de Laval, el cual, lleno de orgullo y entusiasmo al ver á su compatriota, no sabia cómo manifestarle su amistad y su respeto.

—Yo creo, dijo el condestable, que habrán sido mis bravos bretones, y vos el primero, á quedarse sin nada por mí.

—Era cosa de ver como llovían las monedas en las bolsas de los colectores, exclamó el señor de Laval, gozoso al ver que desagradaba su entusiasmo al gobernador inglés, que habia vuelto de visitar al príncipe, y escuchaba impasible.

—Setenta mil florines de oro!... qué suma! repitió nuevamente el condestable.

—Es gran cantidad, cuando se trata de reunirlos, pero es muy pequeña cuando está recaudada y se va á hacer su entrega.

—Os ruego que tomeis asiento, amigo mio, interrumpi6le Duguesclin: ya sabeis que hay aqu3 mil doscientos compatriotas prisioneros como yo.

—Ah! s3, bien lo s3.

—Pues habeis de saber, que he encontrado un medio de ponerlos en libertad. Por mi culpa han sido hechos prisioneros, y quiero hoy reparar esa falta.

—Y c3mo? dijo el se3or de Laval admirado.

—Se3or gobernador, habeis tenido la bondad de mandar subir al escribano?

—Ya est3 á la puerta esperando vuestras 3rdenes, se3or condestable, dijo el ingl3s.

—Que entre.

—El gebernador di3 tres patadas

en el suelo , á cuya señal el alcaide hizo entrar al escribano , el cual , prevenido sin duda , dispuso pergamino , tinta , pluma y cinco dedos en cada mano , largos y enjutos.

—Escribid lo que voy á dictaros , amigo mio , dijo el condestable.

—Estoy á vuestras órdenes , señor.

—Ea , pues :

«Nos , Beltran Duguesclin , condestable de Francia y de Castilla , conde de Soria , hacemos saber por las presentes , que estamos muy arrepentidos de haber calculado nuestro valor personal en un momento de insensato orgullo por el precio de mil doscientos buenos cristianos y bravos caballeros , que ciertamente valen mas que nos .»

Aquí el buen condestable se detuvo , sin advertir cuál era el efecto que en los semblantes hacia este preámbulo.

El escribano lo trasladó al pergamino, y Beltran continuó dictando:

«De ello pedimos humildemente  
«perdon á Dios, y para reparar nues-  
«tra locura, consagramos la suma  
«de setenta mil florines al rescate  
«de los mil doscientos prisioneros  
«hechos por el príncipe de Gales  
«en la batalla de Navarrete, de fu-  
«nesta recordacion.»

— Asi empeñais vuestros bienes!  
esclamó el señor de Laval; señor  
condestable, ese es un insigne abu-  
so de generosidad.

— No, amigo mio, mis bienes es-  
tan ya disipados y no puedo redu-  
cir á la miseria á Mad. Tiphaine;  
demasiado ha sufrido por causa mia.

— Qué vais á hacer entónces?

— ¿No es mio, y muy mio, el  
dinero que me habeis traído?

— Seguramente; pero...

— Basta... si es mio, yo dispon-  
go de él á mi gusto. Escribid, señor  
escribano:

«Consigno para este rescate, los setenta mil florines que me ha traído el señor de Laval.»

—Pero, señor condestable, exclamó Laval asombrado, vos quedais prisionero...

—Y cubierto de una gloria inmortal, interrumpió el gobernador.

—Eso es imposible, continuó Laval; reflexionadlo bien.

—¿Habeis puesto eso? dijo el condestable al escribiente.

—Sí, monseñor.

—Traed, pues, que voy á firmarlo.

El condestable cogió la pluma y firmó.

En este momento las trompetas anunciaron la llegada del príncipe de Gáles.

Ya habia cojido el gobernador el pergamino.

Cuando el señor de Laval percibió al príncipe inglés corrió hácia él, é hincando una rodilla en

tierra le dijo:

—Señor, ahí teneis el dinero pedido para el rescate del señor condestable ¿lo aceptais?

—Segun mi palabra, y con la mejor voluntad, contestó el príncipe.

—Ese dinero es vuestro, podeis tomarle, monseñor, prosiguió el conde.

—Permitidme un momento, dijo el gobernador. V. A. no está bien informado del incidente que ocurre: tened la bondad de leer este pergamino.

—¡Para anularlo! exclamó Laval.

—Para darle cumplida ejecucion, replicó el condestable.

El príncipe echó una ojeada sobre la escritura, y lleno de admiracion, exclamó:

—Hé ahí una bella accion, que quisiera yo haber ejecutado.

—En vos que sois el vencedor

hubiera sido inútil, repuso Duguesclin.

— ¡V. A. no retendrá al condestable! exclamó Laval.

— No ciertamente si él quiere salir, dijo el príncipe.

— Pero yo quiero quedarme, Laval, yo debo hacerlo: preguntad á estos señores su opinion, y vereis lo que os dicen.

Chandos, Albret y los demas espresaron altamente su admiracion.

— Pues bien, dijo el príncipe, que se cuente el dinero; y vosotros, señores, mandad poner en libertad á los prisioneros bretones.

Entonces salieron los capitanes ingleses, y entonces tambien el señor de Laval medio loco de disgusto, recordó el siniestro agujero del desconocido, y fué corriendo á llamarle en su ayuda.

Ya estaba haciendo un oficial dentro del castillo el recuento de los prisioneros, ya se habian desocu-

pado los cofres, y el oro estaba apilado, cuando volvió á entrar Laval con el desconcido.

—Decid ahora al condestable lo que teneis que decirle, murmuró Laval al oido del caballero, mientras que el príncipe conversaba familiarmente con Duguesclin, y puesto que teneis tanto poder mágico ó natural, persuadidle que tome para sí el dinero del rescate en vez de dárselo á los demas.

El desconocido se estremeció. Se adelantó dos pasos y sus espuelas de oro resonaron al andar.

A este ruido se volvió el príncipe.

—Quién es ese caballero? preguntó el gobernador?

—Un compañero mio, respondió Laval.

—Pues que alce la visera, y sea muy bien venido, interrumpió el príncipe.

—Señor, dijo el desconocido con

un acento que hizo estremecer á Duguesclin, he hecho un voto solemne de traer cubierto el rostro, permitidme que no lo infrinja.

—Sea en buen hora, caballero ¿pero intentais guardar el *incógnito* tambien con el condestable?

—Lo mismo que con los demas, señor.

—En ese caso, exclamó el gobernador, tendreis que salir del castillo, donde segun la órden que tengo, solamente pueden entrar las personas á quienes yo conozca.

El caballero se inclinó como para manifestar que estaba dispuesto á obedecer.

—Ya están libres los prisioneros, dijo Chandos entrando en el cuarto.

—Adios, Laval, adios, exclamó el condestable con harto dolor de su corazon, como pudo advertirlo el conde, pues cogiendo las manos de Beltran, le dijo:

—Por Dios, que aun es tiempo,

desistid!

—No, por cierto, replicó el condestable.

—Quereis atacar á su honor de esa manera? dijo el gobernador; si no es libre hoy puede serlo dentro de un mes; el dinero se encuentra á cada paso; ocasiones de gloria como esta no se encuentran dos veces.

El príncipe aplaudió y sus capitanes le imitaron.

El caballero desconocido se adelantó con aire de gravedad, y dirigiéndose al gobernador le dijo con voz magestuosa:

—Vos sois, señor gobernador, quien atacais á la gloria de vuestro amo, dejándole hacer lo que hace.

—Qué decís, caballero. exclamó el gobernador mas pálido que un cadáver; vos me ofendeis gravemente: atacar yo al honor de Monseñor! por la muerte, que habeis mentido!

—No arrojéis vuestro guante antes de saber si será digno de mí el recogerlo: yo digo en voz alta la verdad: S. A. el príncipe de Gáles obra contra su propia gloria reteniendo á Duguesclin en este castillo.

—Mientes! mientes! gritaron varias voces furiosas, al mismo tiempo que echaban mano á sus tisonas.

El príncipe se quedó tan pálido como los demas, pues creia brusco é inmotivado el ataque.

—Quién pretende aquí, esclamo, imponerme su voluntad? Por ventura, es algun Rey el que así se atreve á hablar á un hijo de Reyes? El condestable puede pagar su rescate y salir; si no lo paga, se queda: hé ahí lo que hay... á qué vienen, pues, esas quejas hostiles?

El caballero desconocido no se turbó.

—Monseñor, añadió, hé aquí lo que yo he oido decir á todos cuantos he encontrado en mi camino:

van á dar el rescate del condestable; pero los ingleses le temen demasiado para dejarle partir.

—Santo Dios! dicen eso? murmuró el príncipe.

—En todas partes, Monseñor.

—Pues ya veis que se equivocan, porque el condestable es libre en partir... ¿No es así, Duguesclin?

—Cierto, Monseñor respondió Beltran, á quien agitaba una estraña inquietud hacía algunos momentos.

—Pero, dijo el gobernador, como el condestable ha dispuesto de la suma destinada á su rescate, sería menester aguardar á que llegase otra cantidad igual...

El príncipe se quedó pensativo por un momento, y al fin exclamó:

—No, el condestable no aguardará, fijó su rescate en cien libras.

Un murmullo de admiracion circuló por toda la asamblea.

Beltran quiso hablar; pero el

caballero desconocido se puso entre él y el príncipe, y dijo:

—A Dios gracias, la Francia puede muy bien pagar dos veces el rescate de su condestable; Duguesclin no tiene que agradecersele á nadie; hé aqui un rollo de giros sobre el Lombardo Agosti de Burdeos, entre que componen la cantidad de ochenta mil florines pagaderos á la vista: yo mismo voy á contar la suma, que estará aquí antes de dos horas.

—Y yo, interrumpió el príncipe lleno de cólera, os digo que el condestable saldrá de este castillo en pagando cien libras, ó que no saldrá! Si el señor Beltran se resiente por ser mi amigo, que lo diga! Yo me acuerdo sin embargo de que algun dia me declaró tan buen caballero como él.

—Oh! Monseñor, exclamó el condestable arrodillándose delante del príncipe de Gáles, yo acepto con

tanto reconocimiento vuestra generosa oferta, que para pagar las cien libras solicitaré un préstamo de los capitanes.

Chandos y los demas oficiales se apresuraron á ofrecerle sus bolsillos, de los cuales tomó las cien libras y se las entregó al príncipe, quien abrazó al condestable diciéndole:

Ya sois libre, Beltran: que os abran las puertas del castillo! y que nadie pueda decir que el príncipe de Gáles, teme á nadie en el mundo.

Consternado el gobernador transmitió las órdenes que el príncipe le daba: el desgraciado habia jugado tan mal su partida que en vez de un solo prisionero perdía un ejército entero con su capitan.

Mientras que el príncipe preguntaba á sus oficiales y al mismo conde de Laval sobre el misterioso autor de aquel golpe de estado, el desconocido se acercó á Duguesclin y le dijo en voz baja:

—Un rasgo de generosidad mal entendida os tenia en prision, y otro rasgo de generosidad tambien mal entendida os saca de ella... Ya sois libre... hasta la vista, dentro de quince dias bajo los muros de Toledo!

E inclinándose profundamente delante del príncipe de Gales, dejando á Beltran estupefacto, desapareció: una hora despues el condestable libre y contento atravesaba la ciudad en triunfo con sus bretones, dando gritos y aclamaciones que llegaban hasta el cielo.

Una sola persona tal vez no se incorporó con la comitiva que seguia á Duguesclin en su ovacion.

Era este uno de los oficiales del príncipe de Gáles, uno de aquellos gefes de las grandes compañías que se llamaban capitanes, y que tenian voto en el consejo, aunque su opinion no se tuviese en cuenta para nada.

Era, en una palabra, un personaje de nuestro conocimiento con la visera siempre baja, que habiendo entrado en el cuarto de Beltran con Chandos, se habia conmovido al oír la voz del caballero desconocido y no le habia perdido de vista desde entonces.

Asi, apenas hubo desaparecido el caballero, reunióse este capitán con algunos de los suyos, les hizo montar á caballo para descubrir las huellas del fugitivo, y despues de tomar él mismo minuciosos informes, se dirigió por el camino de España.

### La política de Muzaron.

**E**ntretanto Agenor arrastrado por la inestinguible ansiedad del amante que no tiene noticias de su amada, se encaminaba á toda prisa hácia los estados de don Pedro.

En el camino habia ido reuniendo, merced á la reputacion que le habia adquirido su viage, los bretones, que despues de verificado el rescate, venian á buscar á Dugues-

clín y á combatir con él.

Encontró tambien una infinidad de caballeros españoles que acudian al llamamiento de don Enrique de Trastámara, el cual, segun decian, debia volver á entrar en España, y comenzaba á anudar relaciones con el príncipe de Gales, descontento á la sazón del Rey don Pedro.

En cada ciudad ó villa de alguna importancia, donde pernoctaba Agenor, se informaba de Hafiz y Gil Perez, y de doña Maria de Padilla; preguntaba si no habian visto pasar un correo en busca de un francés, ó una jóven y bella mora acompañada de dos sirvientes, en direccíon hácia la frontera de Francia.

Cada vez que una respuesta negativa venia á lastimar sus oídos, metia el jóven con mas ardor las espuelas en los hijares de su corcel.

Entonces Muzaron decia con su tono de filosofía socarrona.

—Ah! señor; hé ahí una jóven á quien debia amar por precision, siquiera por las muchas penas que nos cuesta.

A fuerza de caminar, Agenor ganó terreno: á fuerza de hacer pesquisas, logró informarse.

Todavía le separaban veinte leguas de la córte de Burgos.

Sabia que un ejército muy adicto, muy aguerrido, muy fresco y por consiguiente asaz peligroso para don Pedro, no esperaba mas que una señal para reunirse y oponer al vencedor de Navarrete una nueva cabeza de hidra mas envenenada que nunca.

Preguntábase Agenor á sí mismo, y le preguntaba á Muzaron si no seria conveniente, antes de continuar toda negociacion politica, entablar relaciones amorosas con doña Maria de Padilla.

Muzaron confesaba que la diplomacia es buena , pero sostenia que tomando á don Pedro , doña Maria, Mothril y la España , se tomaria á Burgos , en cuya ciudad no podia dejar de cojerse á Aissa , si es que aun estaba allí.

Esto consolaba bastante á Agenor , y le daba ánimo para andar algunas leguas mas.

Hé aquí como se estrechó poco á poco el círculo destinado á ahogar á don Pedro , á quien su misma prosperidad le cegaba , y que se entretenia ocioso y descuidado con las intrigas de sus favoritos, cuando se trataba de una corona.

Muzaron , el mas testarudo de los hombres , sobre todo desde que habia llegado á enriquecerse , no permitió que su señor se aventurase á ir hácia Burgos , con el objeto de conferenciar con doña Maria.

Aprovechóse por el contrario de

su abatimiento y de sus amorosos descuidos para retenerle en medio de los bretones y de los partidarios de Trastamara : de suerte que antes de poco tiempo se hizo el jóven caballero , gefe de un partido considerable ; tanto por el brillo de su mision á Francia , como por su celo y asiduidad en sostener el elemento de la guerra.

Acogia á los recién venidos , tenia mesa franca y dispuesta para todo el mundo , sostenia correspondencia con el condestable y con su hermano Oliverio , que se disponia á pasar la frontera con cinco mil bretones para socorrer á su hermano y ayudarle á ganar su primera batalla.

Muzaron se habia convertido en un gran táctico. Pasaba los dias enteros en escribir planes de batalla , y en calcular el número de escudos que Caverley podia haber reunido desde los últimos sucesos , pa-

ra tener la satisfaccion de no equivocarse la primera vez que se le pudiese batir.

En medio de tan belicosas disposiciones , recibió Agenor una noticia importantísima. A pesar de la vigilancia de Muzaron , un diestro emisario vino á anunciar á Agenor , la salida del Rey don Pedro para una casa de recreo , y la desaparicion de Aïssa y de Maria , que coincidian con el viage del Rey.

El mismo correo sabia que Gil Perez habia muerto en el camino , y que Hafiz se habia presentado solo en casa de doña Maria.

Para saber tantas y tan buenas cosas , no habia tenido Agenor mas que dar treinta escudos á un hombre del pais , que se habia personado con la nodriza de Maria , madre del pobre Gil Perez.

Asi , pues , la punto que Agenor supo á qué atenerse , á pesar de Muzaron , á pesar de sus compañe-

ros de armas y á pesar de todo, montó en el mejor de sus caballos y emprendió la ruta del castillo que habia escojido don Pedro para su residencia.

Muzaron echó pestes y maldiciones; pero partió tambien hácia el mismo castillo.

### Feliz éxito que tuvo el crimen de Mothril.

**L**a consternacion y el espanto fueron mas terribles en el castillo de don Pedro , cuando la luz del dia iluminó el aposento de doña Maria.

Don Pedro no habia podido dormir , y sus criados aseguraban haberle oido llorar.

Mothril habia ocupado la noche de un modo mas provechoso para

sus intereses , tratando de destruir hasta el menor vestigio de su crimen.

Habiéndose quedado solo con Aïssa , prodigándole los mas tiernos cuidados con la habilidad del médico mas entendido , habia modelado como una cera blanda el espíritu vacilante de la jóven.

Así, cuando Aïssa dió un grito al ver el cadáver de doña Maria, Motbril fingió sentir una especie de horror involuntario , y cubrió con una capa los restos inanimados de la querida del Rey.

En seguida, al notar que Aïssa le miraba con espanto , murmuró:  
—Pobre niña , dá gracias á Dios que te ha salvado!

—Salvado... á mí ? preguntó la jóven.

—Sí, de una muerte horrorosa, querida niña.

—Pues quién me ha herido ?...

—Esa que tiene todavia en su

mano tu puñal.

—Doña Maria! ella que era tan buena, tan generosa! imposible!!

Sonriose Mothril con esa compasion desdeñosa que impone siempre á los espíritus un grande interés.

La querida del Rey, generosa y buena para Aïssa á quien el Rey adora... ¿No lo creéis, hija mia?

—Pero si queria alejarme, dijo Aïssa.

—Para reuniros segun os decia á ese caballero francés, ¿no es verdad? exclamó el moro con un acento tranquilo y benévolo.

Incorporóse Aïssa pálida como un cadáver, al ver asi el secreto de su amor en manos del hombre mas interesado en combatirlo.

—No temas nada, continuó el moro, lo que Maria no ha podido hacer á causa de los celos y del amor del Rey, lo haré sin dificultad. Aïssa, tu amas, no es verdad?

Pues bien: te lo permito y hasta prometo auxiliarte: con tal que la hija de mis Reyes viva y viva feliz, yo no deseo otra cosa en el mundo.

Aïssa petrificada de oír hablar así á Mothril, no podia dejar de mirarle con los ojos fatigados todavía por el sueño de la muerte.

—Me eugaña, decia en su interior; y luego pensando en el cadáver que tenia á su lado, esclamaba con estravio:

—Doña Maria ha muerto!

—He abí la causa, hija mia, el Rey os ama apasionadamente y ayer se lo declaró así á doña Maria... esta se retiró á su cuarto ébria de furor y de celos. Don Pedro se proponia unirse á vos por los vínculos del matrimonio, lo cual habia sido siempre el objeto de la mayor ambicion de doña Maria... Entonces renunció á la vida, vació su sortija en la copa de plata, y para que

no quedaseis Reyna y triunfante, para vengarse al mismo tiempo de don Pedro y de mí, que tanto os amamos, cogió vuestro puñal y os hirió de muerte.

—Seria durante mi sueño, porque yo nada recuerdo, dijo Aïssa: una nube cubria mi vista, yo sentia unos latidos sordos y unos sollozos sofocados... Yo creo que me he levantado, y que he sentido unas manos que se agarraban á las mias... y al momento sentí el frio desgarrador del acero...

—Ese fue el último esfuerzo de vuestra enemiga, al caer á vuestro lado: pero el veneno habia sido mas fuerte para ella, que el puñal para vos..... Yo encontré en vos una centella de vida, la he reanimado y he tenido la dicha de salvaros.

—Oh! Maria, Maria, murmuró la jóven... tú eras buena sin embargo!...

— Vos decís eso porque ella ha favorecido vuestros amores con Agenor de Mauleon, hija mia, le dijo Mothril en voz baja y con una benevolencia asaz fingida para no ocultar un furor sordo... porque ella le hizo entrar en vuestro aposento en Soria.....

— Qué! ¿ lo sabéis?

— Yo lo sé todo... el Rey también lo sabe... Maria os había deshonrado para con el Rey don Pedro antes de asesinaros. Pero ella temió sin duda que la calumnia no hiciese mella en el corazón del Rey, y que os perdonase de haber pertenecido á otro; es uno tan indulgente cuando ama... así es que ella ha empleado el hierro para hacerlos desaparecer del mundo.

— El Rey sabe que Agenor?...

— El Rey está loco de cólera y de amor... El Rey, que había ganado ya á Hafiz para encaminaros hacia el castillo, cuando yo lo igno-

raba todo , el Rey , os digo , aguardará vuestra convalecencia para captarse vuestro amor... Merece disculpa , hija mia ; os ama.

—Entonces si que moriré , dijo Aïssa , porque mi mano no temblará ni se deslizará sobre mi pecho como la de doña Maria Padilla.

—Morir tú ! tú , ídolo mio , tú , mi hija adorada !... exclamó el moro arrodillándose... no ; tú vivirás , ya te lo he dicho , feliz y bendiciendo para siempre mi nombre.

—Sin Agenor , yo no viviré.

—Es de diferente religion que la tuya , hija mia.

—Tomaré su religion.

—Me aborrece.

—Os perdonará cuando ya no os viere entre él y yo. Además qué me importa á mí... Yo amo , yo no conozco en el mundo mas que el objeto de mi amor.

—Ni aun al que acaba de salvaros para vuestro amante ? dijo hu-

mildemente Mothril, con un dolor finjido que conmovió profundamente el corazón de la joven... vos me sacrificais, aun cuando yo me espongo á morir por vos!

—Cómo es eso?

—Seguramente, Aïssa... vos queréis vivir con Agenor... yo os ayudaré para conseguirlo.

—Vos!

—Yo, Mothril, no lo dudeis.

—Vos me engañais...

—Por qué?

—Probadme vuestra sinceridad.

—Es muy fácil... Vos temeis al Rey, pues bien, yo os impediré de ver al Rey. Os satisface eso?

—No del todo.

—Ya lo concibo... deseais volver á ver al francés.

—Ante todas cosas.

—Aguardemos á que os encontréis en estado de soportar el viaje; os conduciré hasta él, le entregaré mi vida.

—Pero doña Maria me tambien llevaba hácia el.....

—Ciertamente, ella tenia interés en desbacerse de vos y hubiera preferido evitar un asesinato.... Delante de Dios, el dia en que uno comparece en su tribunal, el asesinato es una carga muy pesada.

Al pronunciar estas terribles palabras, Mothril dejó ver por un momento en su pálido rostro ese sufrimiento de los condenados, que no tienen tregua ni esperanza en los tormentos.

—Y qué hareis entonces? continuó Aïssa.

—Os ocultaré hasta que esteis curada..... y luego, segun acabo de decíroslo, os reuniré al señor de Mauleon.

—Eso es cuanto ambiciono; haciendo eso, efectivamente sereis para mi un ser divino..... pero el Rey.....

—Oh! se opondria con todas sus

fuerzas , si conociese nuestros designios... mi muerte seria el mejor recurso.. muerto yo , quedariais con él , á la fuerza , Aïssa.

—O en la precision de morir.

—Quereis morir mas bien que vivir para el francés?

—Oh, no , no..... hablad , hablad!

—Mirad , hija querida , si por casualidad viniere á veros don Pedro , á hablaros , á preguntaros por Agenor de Mauleon , es menester que sostengais con firmeza que doña Maria ha mentido al decir que amabais á ese caballero frances, y sobre todo que le habiais dado la posesion de vuestro amor.... De esta suerte , el Rey no desconfiará ya del frances , no vigilará nuestra conducta y seremos libres y felices... es menester tambien , y esto hija mia , vale mas que todo , es menester que acudais á vuestros recuerdos, y que de ellos resulte lo si-

guiente: Doña Maria os ha hablado antes de heriros..... os ha dicho sin duda que debiais confesar al Rey vuestra deshonra... entouces os habeis resistido..... y ella os hirió.

—Nada recuerdo! exclamó Aïssa llena de temor, como cualquier alma recta y sencilla lo hubiera estado al oír la esposicion de esa teoría infernal del moro; yo no quiero acordarme de nada. Tampoco trato de negar el amor que á Mauleon le tengo: este amor es mi luz y mi religion; su nombre es la estrella que me guia en el camino de la vida ... Orgullosa de ser suya, estoy tan léjos de ocultar este amor, que quisiera proclamarlo delante de todos los Reyes de la tierra; no conteis conmigo para tales mentiras. Si don Pedro me pregunta, yo le responderé.

Mothril se quedó pálido como un cadáver.

Este último obstáculo, aunque débil, destruia los resultados de un

asesinato; la simple obstinacion de una niña ataba de pies y manos al hombre mas fuerte, que se sentia capaz de llevar tras sí al mundo entero.

Conoció el moro que no era cosa de iusistir. Sin embargo habia hecho lo que Sísifo. Habia llevado la roca hasta la cumbre de la montaña; pero la roca acababa de precipitarse nuevamente.

Mothril no tenia fuerzas ni tiempo para volver á comenzar su obra.

—Hija mia, le dijo, obrad como querais. Vuestro interés, interpretado por vos, segun vuestro corazon, segun vuestro capricho, es mi única ley. ¿Quereis eso?... yo tambien lo quiero... responded, pues, al Rey lo que querais. Bien sé que vuestras palabras serán la sentencia de muerte que haga rodar mi cabeza, porque yo he debido proclamar constantemente vuestra inocencia y vuestra pureza; yo no he podido con-

sentir jamás que recayese sobre vuestra conducta la menor sospecha. ¡Pague, pues, mi cabeza vuestra falta, es decir, vuestra felicidad!... Alá así lo dispone.... Cúmplase su voluntad...

—Sin embargo, yo no puedo mentir, dijo Aïssa....

¿Y para qué habeis de permitir que el Rey venga á hablarme? Alejadle.... muy fácil os seria conducirme á un sitio aislado, ocultarme, en una palabra.... mi salud, mis heridas ¿no son pretextos muy plausible? En este punto podré auxiliáros por efecto de mi misma posicion; pero mentir! oh! jamás!... Negar á Agenor.... nunca!

Mothril trató en vano de encubrir el gozo interior que en su ánimo producian las palabras de Aïssa. Marcharse con ella, alejarla por algun tiempo de las interpelaciones de don Pedro, dejar amortiguar por este medio la cólera del Rey, su sentimiento,

la memoria de doña Maria..... ganar un mes, era ganarlo todo... Y este camino de salvacion se lo ofrecia la misma Aïssa. Asi no se detuvo el moro un solo momento en aceptarlo.

—Si quereis, hija mia, dijo, partiremos. ¿Teneis alguna prevencion contra el castillo de Montiel, del cual me ha nombrado gobernador don Pedro?

—Yo no tengo prevencion alguna, sino contra la presencia de don Pedro. Iré á donde querais.

Mothril besó la mano y el vestido de Aïssa y la condujo con cuidado en sus brazos hasta la habitacion inmediata; mandó quitar de alli el cadáver de doña Maria, y llamando á dos mugeres de su nacion, en cuya lealtad podia confiar, las colocó cerca de la jóven herida, recomendádoles encarecidamente que no hablasen á Aïssa ni consintiesen que nadie la dirigiese la palabra.

Dispuestas así las cosas, fué á

ver al Rey, despues de haberse con-  
puesto el semblante y aquietado el  
espíritu.

Don Pedro acababa de recibir  
diferentes cartas de la ciudad. Anun-  
ciábanle que los enviados de Bretaña  
y de Inglaterra, se habian presentado  
en las inmediaciones .. que circula-  
ban rumores de guerra, que el prínci-  
pe de Gales estrechaba alrededor  
de la nueva capital su cordon de  
acero para obligarla por medio de  
la opresion de un ejército invencible,  
á pagar los gastos de la guerra, y  
á tributarle ademas su agradeci-  
miento.

Estas noticias entristecieron á don  
Pedro, pero no abatieron su espíritu.  
Mandó á buscar á Mothril el cual  
entró precisamente en el régio apo-  
sento, cuando S. M. manifestaba de-  
seos de que viniese á verle.

—Y Aïssa? preguntó don Pedro  
con ansiedad.

—Señor, su herida es muy peli-

grosa, profunda... no es fácil que podamos salvar esta víctima.

—Aun esa desgracia mas! exclamó don Pedro... Oh, es demasiado para sufrirlo todo á la vez. .. Perder á doña Maria que tanto me amaba, á Aïssa, á quien amo con delirio, volver á principiar una guerra encarnizada, implacable, eso es demasiado, Mothril, para el corazon de un solo hombre.

Y don Pedro mostró al ministro las comunicaciones enviadas por el gobernador de Burgos y de las ciudades inmediatas.

—Rey mio, exclamó el moro, es preciso olvidar el amor por un momento; es menester prepararse para la guerra.

—El tesoro está exhausto.

—Una contribucion lo llenará... Firmad la contribucion que os he pedido.

—Será menester hacerlo así, y podré ver á Aïssa?

—Aïssa está suspendida como una flor sobre un abismo!... El menor soplo puede conducirla á una muerte inevitable.

—Ha hablado?

—Sí señor.

—Qué ha dicho?

—Algunas palabras que lo explican todo. Parece que doña Maria ha querido obligarla á deshonorarse con una confesion que la rebajase en vuestro concepto. La jóven animosa se resistió, y entonces doña Maria furiosa de celos le clavó el puñal.

—Eso ha dicho Aïssa?

—Y lo repetirá tan pronto se lo permitan sus fuerzas..... pero mucho temo que ya no vuelva á oirse su voz en este mundo.

—Dios mio! dijo el Rey.

—Solo un remedio puede salvarla..... Una tradicion de mi pais promete la vida al herido, que durante la noche y en medio de los va-

pores de la luna nueva, toque con su herida á cierta yerba mágica.

—Pues es preciso procurarse esa yerba á todo trance, dijo el Rey con el fuego de la supersticion y del amor.

—No la hay en este pais, señor... no la he visto sino en Montiel.....

—En Montiel..... Manda á Montiel por ella, Mothril.

—Os he dicho, señor, que era necesario que la herida tocase á esta yerba sobre su tallo..... Oh! es un remedio escelente! Llevaré conmigo á Aïssa hasta Montiel; pero soportará las fatigas del viage.....

Don Pedro respondió:

—Se la conducirá tan suavemente, como el ave cuando se desliza por los aires con las alas tendidas... que parta Mothril, que parta; pero tú quédate conmigo.

—Yo soy, señor, el único que puede recitar la fórmula mágica durante la operacion.

—Y habré de quedarme solo?

—No señor, pues una vez curada Aïssa, vendreis á Montiel, y ya no la abandonareis.

—Sí, Mothril, si, tienes razon... ya no la abandonaré..... así seré feliz... ¿Y qué se dispone del cadáver de doña María? supongo que se le harán grandes exequias.

—Yo he oido decir, señor, contestó Mothril, que en vuestra religion el cuerpo del suicida está privado de sepultura; es menester por consiguiente, que la iglesia no sepa el suicidio de doña Maria

—Es menester que lo ignore todo el mundo, Mothril.

—Pero vuestros criados...

—Yo diré en plena corte que doña Maria ha muerto de la fiebre, y cuando yo lo diga, nadie se atreverá á levantar la voz.....

—Ciego! ciego! loco! pensó Mothril.

—Así, Mothril, dijo don Pedro,

tú partirás con Aïssa.

—Esta misma mañana, señor.

—Yo cuidaré de las exequias de doña Maria, yo firmaré el decreto, haré un llamamiento á mi ejército, á mi nobleza... conjuraré la tempestad.

—Y yo, pensó Mothril, me habré puesto entretanto al abrigo.

**Como supo Agenor que habia llegado demasiado tarde.**

**D**ejando á los soldados, oficiales y amantes de la guerra perderse en proyectos, planes y estrategias, proseguia Agenor en su intento, que era el encontrar á Zoraida, su mas caro bien.

En su animoso corazon el amor comenzaba á sobreponerse á la ambicion y hasta al mismo sentimien-

to del deber, porque impaciente por entrar en España para tener noticias de Aïssa, habia consentido el jóven, segun hemos visto, que los enviados del Rey de Francia y los del conde de Laval, fuesen á Burdeos á pagar el rescate que el mismo condestable habia señalado en un momento de heróico arranque.

Así, como faltaria esta página á nuestra historia, puesto que falta en la de Agenor, si no la reemplazásemos con la historia misma, diremos que la Guyena se estremió de dolor el dia en que el príncipe de Gales, generoso como siempre, dejó salir de Burdeos á su prisionero, rescatado con el oro de toda la Francia.

Añadiremos tambien, que el primer cuidado de Beltran fue correr á Paris á dar gracias al Rey. Lo demas ya se irá viendo, si es que ya no se sabe de antemano. De hoy mas, vamos á ser en cuanto al con-

destable , francos é imparciables historiadores.

Agenor y su leal Muzaron , se encaminaron mas que de prisa hácia el castillo , donde el Rey don Pedro habia creido poseer á Aïssa.

Agenor adivinaba que no se debia perder tiempo. Conocia demasiado á don Pedro y á Mothril para entretenerse con quiméricas esperanzas.

—Quién sabe , decia en su interior , si la misma doña Maria de Padilla , por debilidad ó por temor , habrá transigido con su dignidad , si tal vez le habrá parecido preferible á las contingencias de un rompimiento con don Pedro , una alianza con el moro Mothril , y si haciendo el papel de una esposa indulgente , la favorita cerrará los ojos sobre un capricho de su régio amante.

Estas ideas hacian hervir la impetuosa saugre de Agenor. No ra-

ciocinaba sino como un enamorado, es decir, que se estraviaba con todas las apariencias del buen sentido.

Entretanto repartía tremendos golpes de lanza á diestra y siniestra, que caian parte sobre la cabalgadura de Muzaron, y parte sobre las costillas del buen escudero; pero el resultado era siempre el mismo: estimulado Muzaron por el golpe, metia espuelas á su troton.

Asi se fue pasando el camino, entreteniendo las jornadas con discursos, de los cuales estraeremos la sustancia, para solaz é instruccion de nuestros lectores.

—Atiende, Muzaron, decia Agenor, en cuanto hable una sola hora con doña Maria, conoceré lo que haya de presente, y á qué debo atenerme para el porvenir.

—Lo que yo creo, es que no sabreis nada y que acabareis por caer en manos de ese pícaro moro que

os está acechando como la araña á la mosca.

—Tú siempre repites una misma cosa, Muzaron, ¿por ventura aventaja ningun moro á un cristiano?

—Un sarraceno, cuando se le mete una cosa en la cabeza vale por tres cristianos. Es como si dijeseis: ¿aventaja á un hombre ninguna muger? Sin embargo todos los dias se ven hombres subyugados por las mugeres ¿y sabeis por qué, señor? porque las mugeres piensan siempre lo que quieren hacer, al paso que los hombres no hacen casi nunca lo que debieran pensar.

—Y qué sacas de eso?.....

—Qué á doña Maria la habrán impedido por medio de alguna intriga del moro el enviaros á Aïssa.

—Y despues?

—Despues que Mothril, que ha sabido impedir que doña Maria os envíe á Aïssa, os espera bien ar-

mado de cuerpo y alma, que os cogera como á las codornices que se cazan cuando el trigo está verde, que os matará en seguida y os quedareis sin Aïssa.

Agenor respondia con un grito de rabia y metia espuelas á su caballo.

Asi llegaron al castillo, cuyo aspecto siniestro le hizo presentir alguna desgracia. Los lugares son elocuentes y hablan un leaguage inteligible á las almas decaidas.

Agenor examinó, con los primeros rayos de la luna, el edificio que encerraba todo su amor, toda su vida.

Mientras que el caballero asi lo contemplaba, acontecia entre sus paredes misteriosas é impenetrables, el horroroso asesinato, triunfo de Mothril.

Cansado de haber corrido tanto y de haber sabido tan poco, si bien seguro de encontrarse frente á fren-

te con lo que buscaba, dirigióse Agenor acompañado de su buen escudero, y despues de muchas horas empleadas en el exámen de aquellas murallas, hácia un lugarcillo situado al otro lado de la montaña.

En aquel lugarcillo habitaban, como ya sabemos, algunos cabreros. Agenor les pidió un albergue, que pagó generosamente. Pudo procurarse un pergamino y tinta: hizo que Muzaron escribiese una carta á doña Maria, carta llena de sentimientos afectuosos y de palabras de gratitud, pero llena tambien de inquietud y desconfianza, espresadas con toda la delicadeza del ingenio frances.

Agenor para asegurar mejor el éxito del mensage, hubiera querido encomendárselo á Muzaron: mas este hizo observar á su señor, que siendo como era conocido de Morthril, corria mas peligros que un simple enviado, escogido entre los pastores de la montaña.

Agenor se avino á la razon y envió por un pastor la carta.

Acostóse el caballero sobre pieles de cordero , en compañía de su buen Muzaron , y aguardó.

Pero el sueño de los enamorados es como el de los locos , de los ambiciosos y de los ladrones, que se interrumpe con la mayor facilidad.

Dos horas despues de haberse acostado , Agenor ya estaba en pie, y desde una colina que alcanzaba á ver la puerta del castillo, aunque á larga distancia , acechaba la vuelta de su mensajero.

Há aqui lo que contenia la carta:

«Noble dama : vos , que tan generosa y tan adicta sois á los intereses de dos pobres amantes, debéis saber que he vuelto á España como el perro que arrastra su cadena. No se nada de vos , ni de Aïssa ; y por lo tanto os suplico que me digais lo que me pasa.

«Me hallo en el lugar de Quebra,  
«á donde vuestra contestacion va á  
«traerme la muerte ó la vida. ¿Qué  
«ha sucedido? ¿Qué es lo que de-  
«bo esperar ó temer?»

El pastor no volvía. De repente se abrieron las puertas del castillo; Agenor sintió palpitar el corazón; pero no era el cabrero quien salía.

Una larga fila de soldados, mujeres y cortesanos, salía acompañando en fúnebre cortejo á una litera, que llevaba un cadáver.

Conociase que era un cadáver lo que conducían, por los tapices de luto que cubrían la litera.

Agenor tomó por muy siniestro semejante agüero.

Apenas acababa de dar entrada á esta idea en su imaginación, se cerraron las puertas del palacio.

—No me gusta la tardanza, dijo á Muzaron, el cual meneó la cabeza en señal de descontento. Anda

á tomar informes , añadió Mauleon.

Y se sentó en la colina , entre unos arbustos.

No habria pasado un cuarto de hora , cuando Muzaron volvió , trayendo consigo un soldado que al parecer se hacia no poco de rogar.

— Os digo y os repito , gritó Muzaron , que mi amo os pagará generosamente.

— Quién pagará ? qué ? dijo Agenor.

— La noticia , señor...

— Qué noticia ?...

— Señor , este soldado forma parte de la escolta que conduce á Burgos el cadáver.

— Pero qué cadáver es ese ? explícate por Dios.

— Ah , señor , querido amo , si otro fuese quien os lo dijera , tal vez no lo creeriais ; pero siendo el , acaso le deis crédito : el cadáver que conducen á Burgos , es el de doña Maria de Padilla!

Agenor dió un grito de duda y de desesperacion.

—Es cierto, dijo el soldado; por mas señas que yo tengo que marcharme inmediatamente á ocupar mi puesto en la escolta.

—Oh, desgracia! desgracia! exclamó Agenor, pero Mothril queda en el castillo?

—Ah, señor, dijo el soldado, Mothril acaba de salir para Montiel.

—Ha salido él con su litera?

—Donde va la jóven moribunda, sí señor.

—La jóven... Aïssa! moribunda!... Ay, Muzaron, yo me muero, suspiró el desgraciado caballero, echándose por el suelo, como si hubiese muerto en realidad, lo cual llenó de asombro al buen escudero poco acostumbrado á ver en su señor semejantes desmayos.

—Señor caballero, eso es lo que yo sé, dijo el soldado, y aun eso no lo sé sino por casualidad. Yo

mismo he ayudado á levantar esta noche á esa jóven herida de una puñalada , y el cadáver de doña Maria que, segun dicen, se ha envenenado.

— Oh , noche maldita ! Ay ! que desgracia ! repitió el jóven medio loco. Tomad , buen amigo , esos diez florines , como si no acabaseis de anunciarme la mayor desgracia de mi vida.

— Gracias , caballero , quedad con Dios , dijo el soldado alejándose á buen paso.

Muzaron , con la mano delante de sus ojos , interpelaba al horizonte.

— Mirad , señor exclamó , mirad allá abajo , muy lejos ; aquellos hombres y aquella litera que atravesando la montaña van á entrar en la llanura. Ved á nuestro enemigo el moro , á caballo , con su manto blanco ?

— Muzaron , Muzaron , dijo el caballero reanimado per el dolor y la

cólera, montemos á caballo, aniquilemos á ese miserable y si Aïssa debe morir, que yo pueda recoger á lo menos su último suspiro.

Muzaron se atrevió á poner la mano sobre el hombro de su amo.

— Señor, le dijo, nunca se puede raciocinar con esactitud en sucesos recientes. Nosotros somos dos y ellos son doce; estamos cansados y ellos van de refresco. Además, se dirigen á Montiel, como ya lo hemos averiguado; en Montiel, pues, nos reuniremos con ellos. Mirad, señor, lo primero es conocer á fondo la historia que el soldado no ha podido contaros; es menester saber por qué doña Maria ha muerto envenenada, y por qué Aïssa ha sido herida con un puñal.

— Tienes razon, mi buen amigo, dijo Agenor. Haz de mi lo que quieras.

— Pues yo os haré un hombre triunfante y feliz, mi señor.

Agenor meneó la cabeza con aire desesperado.

Muzaron sabia que para esta enfermedad no habia remedio alguno, como no fuese una grande agitacion de cuerpo y alma.

Volvió á conducir á su señor al campo, donde ya los bretones y los españoles fieles á don Pedro de Trastámara se ocultaban menos y confesaban en voz alta sus proyectos, desde que habian sabido, aunque vagamente, la libertad de Beltran Duguesclin, y sobre todo, desde que veian aumentarse sus fuerzas de dia en dia.

### Los Peregrinos.

**A** algunas leguas de Toledo y por un camino arenoso guarnecido de bosques de elevados pinos, caminaban á la caída de la tarde con aire triste y meditabundo, Agenor y su leal escudero, buscando una venta, donde poder descansar un momento sus miembros fatigados y hacer guisar un conejo que la flecha de Muzaron habia herido al pasar.

De pronto oyeron detras de sí, en medio de la arena, un movimiento precipitado: era el trote largo de una mula ligera que llevaba sobre su robusto lomo un peregrino con la cabeza cubierta con un sombrero de anchas alas, y mas aun con una especie de velo que pendia de los bordes del sombrero.

Este peregrino espoleaba á la mula y la dirigia como hombre entendido en las prácticas de los caballeros andantes.

El animal de escelente raza, volaba mas bien que corría por la menuda arena, y se alejó tan pronto de la vista de nuestros viajeros, que apenas pudieron distinguir el sonido de la voz que les dijo al pasar: *Dios guarde á ustedes.*

Aun no habian transcurrido diez minutos oyó Muzaron otro ruido semejante al primero. Volvió la cabeza, y apenas tuvo tiempo para hacer á un lado su cabalgadura, cua-

tro caballeros venian corriendo como exhalaciones.

El uno de ellos, que parecia ser el gefe por marchar á la cabeza, iba en traje de peregrino, muy semejante al primero que nuestros caminantes habian visto pasar.

Unicamente habia la diferencia de que bajo este traje el prudente peregrino ocultaba una armadura y hasta la misma visera la llevaba calada sobre el rostro; la traza de este caballero bajo el sombrero de largas alas, era, á pesar de la noche, un curioso espectáculo.

El desconocido vino á pasar rozando, por decirlo así, con nuestros dos viajeros; pero Agenor se habia calado la visera de su casco y llevado ademas con toda precaucion la mano al puño de su espada.

Muzaron estaba tambien á la defensiva.

—Señor, dijo en mal español una voz ronca que parecia salir del fondo

de un abismo; ¿habeis visto pasar por aquí á un compañero mio, peregrino como yo, caballero en una mula mas ligera que el viento?

El acento de esta voz, hirió el oido de Agenor de un modo desagradable, y como recordándole cierta idea confusa... Pero su deber era contestar; y asi lo hizo con grande cortesania.

—Señor peregrino, ó señor caballero, quien quiera que seais, respondió en español tambien, la persona por quien preguntais acaba de pasar en efecto, como hace cosa de diez minutos; monta, segun decís, una mula tan ligera que habrá pocos caballos que puedan seguirla.

Muzaron creyó advertir que la voz de Agenor sorprendia en cierto modo al peregrino, pues este se adelantó, y dijo:

—Esa noticia me es mas preciosa de lo que os podeis pensar, caballero: ademas, me la habeis dado con tanta

gracia y tan buen modo que mucho me olgara trabar amistad y conocer á quien me la da... Por vuestro acento extranjero debo inferir que ambos venimos del norte, razon demas para que nuestras relaciones de intimidad se estrechen. Alzad, pues, si os place la visera, para que pueda yo tener la hora de daros gracias á cara descubierta.

— Descubríos vos tambien, caballero, replicó Mauleon á quien iban poniendo cada vez de peor talante las proposiciones y la voz del peregrino.

El peregrino vaciló y concluyó negándose de una manera que probaba cuán pérfida é interesada era su exigencia.

Y, sin añadir mas palabra, hizo una señal á sus compañeros, y volvió á emprender á galope el mismo camino que el primer peregrino habia llevado.

Vaya un desvergonzado! dijo

Muzaron, luego que los perdió de vista.

—Y una voz de villano, Muzaron; me parece que la he oído en ocasiones no muy buenas.

—Soy de vuestra misma opinión, señor; y si nuestros caballos no estuviesen tan mal parados, haríamos tal vez una buena obra en seguir la pista á esos bribones, pues no dejarían de ocurrir cosas dignas de saberse y de contarse.

—Que nos importa eso, Muzaron! repitió Agenor, como hombre á quien nada interesa ya. Vamos á Toledo, donde deben reunirse nuestros amigos. Toledo está cerca de Montiel y eso es lo que yo sé, y todo lo mas que quiero saber.

—En Toledo, tendremos noticias del señor condestable, dijo Muzaron

—Y probablemente de don Enrique de Trastámara, añadió Agenor. Recibiremos órdenes, nos conver-

tiremos en máquinas; en autómatas, único recurso, único consuelo posible para el hombre que, habiendo perdido su alma, ya no sabe qué hacer ni qué decir en el mundo.

—Vamos, vamos! dijo Muzaron, no hay que desesperarse tan pronto... Al fin se canta la gloria como dice el proverbio.

—O la muerte, no es verdad? eso es lo que temías añadir.

—Pues, señor, sea lo que quiera; al fin y al postre, no se muere mas que una vez.

—Te figuras que tengo yo miedo?

—Oh, Monseñor, lo que yo siento en el alma, es que no tengais todo el miedo que yo quisiera.

En esta y otras pláticas llegaron á la deseada venta.

Era esta una casa aislada, como lo son por lo comun en España estos asilos providenciales que encuentran los viajeros contra el sol abra-

zador del mediodía ó el frío de la noche, límites deseados ardientemente y muchas veces insuperables, como el *oasis* del desierto, porque sería necesario morirse de fatiga, de hambre y sed antes de encontrar otro.

Cuando Agenor y Muzaron tuvieron acomodados sus caballos en la cuadra, ó por mejor decir, cuando el digno escudero tomó á su cargo este cuidado, Agenor percibió en el piso bajo de la hostería, delante de un hogar bien alimentado y entre unos muleteros profundamente dormidos, los dos peregrinos, que en vez de conservar amigablemente, se volvían uno á otro las espaldas.

—Hola! dijo para sí Agenor sorprendido, yo creía que eran compañeros.

El peregrino del velo se metió mas en la sombra, cuando entraron los dos reciénvenidos.

En cuanto al de la visera, estaba como acechando con indecible curiosidad, el momento en que se abriese la menor abertura del velo de su supuesto compañero.

Este momento no llegó.

Mudo, inmóvil, visiblemente contrariado, el personaje misterioso concluyó por no responder á su importuno compañero, fingiendo que dormía profundamente.

Poco á poco fueron entrando en el patio los muleteros, y tendiendo las mantas cerca de sus cabalgaduras, se echaron á dormir: no quedaron cerca de la lumbre mas que Mauleon que acababa de cenar con su escudero, y los dos peregrinos, que no dejaban un momento de vigilarse, el uno despierto, el otro al parecer dormido.

El hombre de la visera, entabló conversacion con Ageur, por medio de algunas disculpas triviales sobre el modo brusco que ha-

bia tenido de dejarle en medio del camino.

En seguida le preguntó si no pensaba retirarse luego á su cuarto, donde seguramente dormiria mejor que en aquel taburete.

Agenor , siempre enmascarado, persistia en no separarse de aquel punto , aunque solo fuese por llevarle al desconocido la contraria, mas de pronto pensó , que permaneciendo allí , no sacaria nada en limpio , era evidente para él que el otro peregrino no dormia. Por consiguiente , algo de bueno iba á pasar entre aquellas dos personas, cada una de la cual deseaba que les dejasen á sus anchuras.

Agenor de Mauleon vivia en una época y en un pais , en que la curiosidad salva á menudo la vida de los curiosos.

Fingió , pues , retirarse á una habitacion que el mesonero le habia designado ; pero se quedó de-

tras de la puerta, que aunque sólida y maciza, estaba sin embargo asáz mal unida para dejar penetrar las miradas del viagero hasta el mismo hogar.

Y tuvo razon, porque le estaba reservado presenciarse el mas curioso espectáculo.

Cuando el peregrino de la visera calada se vió á solas con el otro, á quien creia dormido, se levantó y anduvo unos pasos por la habitacion para poner á prueba la intensidad de aquel sueño.

El peregrino dormido no se movió.

El hombre de la visera se acercó entonces de puntillas y alargó la mano para levantar el velo que ocultaba las facciones del peregrino.

Pero antes que hubiese tocado al velo, el peregrino se puso en pie, y dijo con voz colérica:

—Qué quereis?... A qué venís

á interrumpir mi sueño?

—Que no es muy profundo que digamos, señor peregrino velado, repuso el otro con acento burlesco.

—Pero que debe ser respetado, señor curioso el de la cara de hierro.

—Sin duda debeis tener, señor peregrino, graves motivos para que no se sepa si el vuestro es de metal ó de carne.

—Nadie tiene que ver con mis motivos, y si me cubro la cara con un velo, claro está que es porque no quiero que me la vean.

—Pues señor, yo soy muy curioso, y os la he de ver, dijo burlándose el hombre de la visera.

El peregrino replegó de pronto su vestido, y dijo sacando un puñal de media vara.

— Pero antes vereis esto.

Entonces el hombre de la visera reflexionó un momento, y en seguida fue á echar los pesados cerrojos de la puerta, detras de la cual

se entretenia curiosamente Agenor de Mauleon, viendo y oyendo cuanto pasaba.

Al mismo tiempo abrió una ventana que daba al camino y por ella introdujo sus cuatro hombres armados y cubiertos de hierro.

—Ya veis, señor, dijo entonces al peregrino, que toda resistencia seria inútil y hasta imposible. Tened, pues, la bondad de contestarme á la siguiente pregunta, con lo cual salvareis una vida que en mi concepto os debe ser muy cara.

El peregrino sin soltar el puñal temblaba de ira y de inquietud.

—Sois, ó no sois, don Enrique de Trastamara? dijo el agresor.

El peregrino se estremeció.

—A semejante pregunta, dirigida en esa forma y con esos preliminares, replicó aquel, en caso de ser uno la persona que decís, no se puede contestar sin atenerse á sufrir la muerte. Voy, pues, á defender mi vi-

da, porque yo soy el príncipe cuyo nombre habeis pronunciado.

Y con un arranque magestuoso descubrió su noble rostro.

—El príncipe! gritó Mauleon detras de la puerta que queria echar al suelo.

—El es! exclamó el hombre de la visera con feroz alegría, bien seguro estaba de ello; compañeros, bastante tiempo le hemos seguido. Desde Burdeos... ya está léjos!... Oh guardad vuestro puñal, príncipe; no se trata de mataros, sino de exigir el rescate por vuestra libertad. Os aseguro que nos pondremos en razon! vamos, guardad vuestro acero!

Agenor entretanto daba tremendos y continuos golpes á la puerta para hacerla saltar en astillas, pero la puerta resistia.

—Id al otro lado de esa puerta, á contener á quien está llamando, dijo el hombre de la visera á sus gentes, y dejadme á mí persuadir

al príncipe.

—Bandido! exclamó Enrique con desprecio, tú quieres entregarme á mi hermano.

—Si me paga mas que vos, no digo que no.

—Bien decia yo, que vale mas morir aquí, exclamó el príncipe. Socorro! socorro!

—Ah, señor, replicó el bandido, nos vais á obligar á que os asesinemos: vuestra cabeza se pagará tal vez menos que vuestra persona viva y completa; pero en fin, nos contentaremos con lo que haya. Llevaremos vuestra cabeza á don Pedro.

—Eso es lo que veremos, exclamó Agenor, el cual por un esfuerzo supremo, acababa de desquiciar la puerta, y caia á golpes redoblados sobre los cuatro hombres del bandido.

—Lo que vá á resultar de esto, es que vamos á matarle, dijo este último tirando de la espada para

atacar á Enrique. Vos teneis aquí, señor, un amigo muy indiscreto; mandadle que se esté quieto.

Pero no habia concluido el bandido, cuando entró un tercer peregrino á quien nadie esperaba.

No traia velo ni máscara. Considerábase bastante vestido y encubierto con el simple ropage de peregrino. Sus anchas espaldas, sus enormes brazos, su cabeza cuadrada é inteligente anunciaban un vigoroso é intrépido campeón.

Presentóse en el umbral de la puerta, y coutempló admirado, sin cólera ni miedo, el borrascoso aspecto de la sala de la hostería.

—Hola, con que la gente se bate aquí... Cristianos! quién es el que tiene, ó no, razon?

Y su voz varouil é imperiosa dominó el tumulto, como la del leon domina la tempestad en las gargantas del Atlas.

Singular y estraña por demas,

fué la actitud de los combatientes con solo oír esta voz.

El príncipe dió un grito de gozo y de sorpresa; el hombre de la visera retrocedió espantado. Muzaron exclamó.

—No hay duda! es el señor condestable!

—Condestable! condestable! dijo el príncipe, socorredme, que me quieren asesinar!

—A vos!... príncipe mio, y quién se atreve á tanto? exclamó Duguesclin rompiendo su ropilla para tener mas libres y espeditos sus movimientos.

—Amigos míos! dijo el bandido á sus compañeros, es preciso matar á estos hombres, ó perecer aquí. Nosotros estamos armados, ellos no; el diablo nos los trae á la mano, en vez de cien mil florines, tendremos doscientos mil! Adelante!...

El condestable con una serenidad imperturbable alargó su brazo antes que el bandido hubiese concluido su

frase: le cogió por la garganta tan fácilmente, como hubiera podido hacerlo con un cordero, y echándole al suelo, le pisoteó de mala manera. En seguida, arrancándole la espada, le dijo:

—Ya estoy armado: tres contra tres, vamos, gentiles hombres de noche.

—Somos perdidos, marmuraron los compañeros del bandido, huyendo por la ventana, que aun estaba abierta.

Entretanto Agenor se precipitó como un ave, desató la visera del bandido que yacia por el suelo, y exclamó:

—Caverley! bien lo habia presumido.

—Es un animal venenoso que debemos dejar aquí aplastado, dijo el condestable.

—Yo me encargo de ello, repuso Muzaron, dispuesto ya á degollarle con su cuchillo de monte.

— Por piedad ! murmuró el ladrón: piedad ! no abuseis de la victoria.

— Sí , dijo el príncipe abrazando á Duguesclin con trasportes de júbilo , sí , piedad. Demasiadas gracias tenemos que dar á Dios que nos reúne , para ocuparnos de ese miserable ; que viva por ahora , y que vaya á otra parte á que lo ahorquen.

Caverley , con la efusion de su gratitud , besó los pies al generoso príncipe.

— Pues que huya ! dijo Duguesclin.

— Anda , bandido , murmuró Muzaron abriéndole la puerta.

Caverley no se hizo de rogar: corrió con tal velocidad , que ni los mismos caballos hubieran podido darle alcance , en caso de que el príncipe hubiese mudado de parecer.

### Nuevos proyectos.

**D**espues de haberse felicitado mutuamente el príncipe, el condestable y Agenor de Mauleon, rodó la conversacion sobre los acontecimientos de la próxima guerra.

—Ya veis, dijo el condestable, que soy exacto á la cita: yo iba á Toledo, conforme á lo que habiais ordenado en Burdeos. Contais con Toledo?

—Tengo mucha esperanza, dijo el

príncipe, si Toledo me abre sus puertas.

—Pero eso no es seguro, respondió el condestable. Desde que yo viajo en este traje, es decir, de cuatro dias á esta parte, sé mas de lo que habia aprendido en los dos años precedentes. Los toledanos están por don Pedro.

Habrá que ponerles sitio.

—Querido condestable, cómo he de permitir que os espongais por mí á tantos peligros!

—Querido señor, yo no tengo mas que una palabra.

Os he prometido que reinareis en Castilla: y así será, ó pereceré en la demanda; ademas de que tambien tengo que desquitarme. Apenas conseguísteis con vuestra presencia de espíritu devolverme la libertad en Burdeos, en diez dias logré ver al Rey Carlos y dí la vuelta á la frontera. Hace ocho que corro por la España en seguimiento vuestro;

porque Oliverio, mi hermano, y el tartamudo de Villena habian recibido aviso de que acabábais de pasar por Búrgos con direccion á Toledo.

—Cierto, por allí he pasado, y espero en Toledo á los generales de mi ejército. En Búrgos me he disfrazado así.

—Tambien ellos me han dado esa idea, Monseñor. De este modo los gefes pasan desapercibidos para preparar los alojamientos de sus tropas. El traje de peregrino es muy de moda: no hay nadie en el dia que no quiera hacer su peregrinacion por España. Y sino que lo diga Caverley, que tambien ha sabido disfrazarse como nosotros. Pero en fin, ya estamos reunidos. Vos elejireis una residencia, y convocareis á todos los españoles de vuestro partido; yo, á todos los caballeros y soldados de todos los paises: no perdamos tiempo. Don Pedro vacila todavía: acaba de perder á doña Maria de Padilla, que era á

un mismo tiempo su mejor consejo, y la única persona que le amaba en el mundo. Aprovechémonos de su estupor, demos la batalla antes de que tenga tiempo de volver en sí.

—Ha muerto doña Maria? dijo Enrique; es eso positivo?

—Demasiado, replicó tristemente, Agenor: yo mismo he visto pasar su cadáver.

—Y don Pedro, qué hace?

—No se sabe: ha mandado enterrar en Búrgos á esa infeliz muger, víctima suya, y en seguida, ha desaparecido...

—Desaparecido? será posible! Pero decís que doña Maria ha sido su víctima: contadme eso, condestable, yo no me he atrevido á hablar con alma viviente desde hace ocho dias.

—Pues he aquí lo que ha sucedido, dijo el condestable, lo he sabido por mis espías; don Pedro amaba á una mora, hija de ese Mothril que Dios maldiga... Doña Maria entró en

sospechas y hasta llegó á descubrir una inteligencia entre el Rey y la mora; furiosa de celos, se ha envenenado despues de haber herido á su rival en el corazon.

—Oh, señor, eso no es posible!.. exclamó Agenor; seria un crimen tan odioso y una traicion tan vil, que el mismo sol se hubiera horro-rizado!...

El Rey y el condestable miraron con asombro al jóven que asi se espresaba... pero no pudieron saber de él mas noticias ni pormenores.

—Perdonad, señores dijo humildemente Agenor, tengo un secreto de jóven, un secreto dulce y amargo á la vez, cuya mitad lleva consigo á la tumba la infeliz doña Maria, y cuya mitad restante quiero guardar religiosamente.

—Enamorado!... Pobre mozo! exclamó el condestable.

Agenor no replicó mas que:

—Estoy á las órdenes de vuesas

señorías y dispuesto á morir por servirles.

—Ya sé, dijo Enrique, que eres un hombre leal, desinteresado é ingenioso, un servidor infatigable; puedes contar desde luego con mi gratitud; pero dínos ¿sabes algo respecto á los amores de don Pedro?

—Lo sé todo, señor; y si me ordenais que hable...

—Donde estará ahora don Pedro? eso es lo que quisiéramos saber.

—Concededme ocho dias de plazo, dijo Agenor, y yo os responderé con toda seguridad.

—Ocho dias! dijo el Rey, qué pensais, condestable?

—Yo pienso, señor, replicó Beltran, que los ocho dias los necesitamos para organizar nuestro ejército, y aguardar los refuerzos y subsidios de Francia. Nada absolutamente aventuramos.

—Tanto mejor, señor, añadió Mauleon; pues si mi proyecto sale bien,

tendreis en vuestro poder la verdadera causa de la guerra, que yo os entregaré con mucho gusto.

—Tienes razon, dijo el Rey, con la captura de uno de nosotros se concluye la guerra de España.

—Oh, no señor! exclamó el condestable; yo os juro que si quedaseis prisionero, lo que Dios mediante no sucederá, no pararé hasta que consiga el castigo de ese descreido de don Pedro que hace matar sus prisioneros á sangre fria, y que busca alianzas con los infieles.

—Esa es una opinion mia, Beltran, repuso el príncipe; no os ocupeis de mi: si me hiciesen prisionero y me asesinasen, tratad de recobrar mi cadáver por medio de la victoria, y colocadle inanimado sobre el trono de Castilla; con tal que el bastardo, el traidor, el asesino caiga al fin al pie de ese trono, yo me considero feliz.

— Está dicho, señor, añadió el condestable. Ahora demos la libertad á este jóven.

— Y una cita! dijo Mauleon.

— Al frente de Toledo, que asediaremos...

— Dentro de ocho dias?

— Dentro de ocho dias.

### La caberna de Montiel.

**Y** partieron rápidamente.

Agenor alcanzó en dos dias el objeto de su mision y de su amor.

Llegó á la vista de Montiel acompañado de Muzaron con tantas y tales precauciones , que nadie podia alabarse de haberles visto en el pais.

Lo malo era , que á fuerza de tomar precauciones , se habian pri-

vado de la ventaja de adquirir informes. El que no habla no puede aprender.

Cuando Muzaron vió á Montiel asentado como un gigante de granito en una base de rocas y elevando su cabeza hasta el cielo, mientras que sus pies parecian bañarse en el Tajo; cuando consideró á la claridad de la luna, las espirales de un camino erizado de malezas, esas ramplas cortadas en forma de ángulos agudos, de tal suerte que al subirlas ninguno podia ver á mas distancia que veinte pasos, mientras que desde lo alto la menor centinela podia ver subir á cuantos pasasen; cuando el buen escudero consideró todas estas cosas, le dijo á su señor.

— Ese es el verdadero nido del buitre, mi querido amo, y si la paloma está ahí encerrada, nosotros no podremos cojerla nunca.

En efecto, Montiel era una pla-

za que no podia ser tomada sino por hambre y dos hombres no son capaces de atacar á una plaza fuerte.

—Lo que importa saber , dijo Agenor , es si Mothril está aquí con Aïssa, cómo se halla Aïssa en medio de nuestros enemigos , y cuál ha sido la conducta de don Pedro en todo este negocio.

—Ya lo sabremos con paciencia, replicó Muzaron ; lo malo está en que solo nos quedan cuatro dias para tener paciencia. Reflexionad sobre esto , señor.

—Esperaré hasta que haya visto á Aïssa ó á alguno que me hable de ella.

—Es una caza la que tenemos que hacer ; pero cuidado con ello , señor mio , no sea que mientras cazamos en este castillo algun Mothril ó algun Hafiz nos desjarrete de arriba abajo ó nos clave como un sapo contra el suelo. La posicion está perfectamente escojida , va-

mos...

—Es verdad.

—Preciso es, pues, emplear medios mas ingeniosos que los medios ordinarios: en cuanto á que Aïssa se halle por aquí yo lo creo, conociendo el carácter de Mothril, basta para saber que la tendrá enerrada. Respecto á si don Pedro estará tambien aquí, creo que aguardando dos dias lo sabremos de un modo positivo.

—Por qué?

—Porque el castillo es pequeño, contiene pocos víveres, no debe tener provision, y para renovar las provisiones que tan gran Rey necesita, deberán salir muy á menudo.

—Pero en donde alojarse.

—No iremos muy lejos... Desde aquí estoy viendo el punto que mas nos conviene...

—Aquella caverna?

—Es una cueva en medio de los

peñascos ; tiene un manantial , es húmeda , pero está retirada. Nadie viene ahí sino á beber ó buscar agua. Nos ocultaremos allá dentro , y ya acecharemos al primero que venga , para hacerle hablar á fuerza de promesas ó amenazas. Entretanto , vamos viviendo.

—Eres un compañero valiente y entendido , amigo Muzaron.

—Oh ! creedme , no tiene el Rey don Pedro muchos consejeros que valgan tanto como yo. Aceptais la caverna?

—Te olvidas de dos cosas : nuestro alimento que no debemos encontrarle en esa cueva , y nuestros caballos que no podrán entrar.

—Cierto... no todo se puede pensar. Yo he averiguado el principio , buscad vos el fin.

—Mataremos nuestros caballos y los echaremos al Tajo que corre río abajo.

—Sí , pero y qué comeremos?

—Dejaremos salir al que vaya á buscar provisiones, y cuando vuelva, le atacaremos y podremos comer.

—Recurso admirable! exclamó Muzaron. Lo malo está en qué viendo los del castillo que el abastecedor no vuelve, empezarán á entrar en desconfianza.

—¡Y qué importa! con tal que consigamos las noticias que hemos menester.

Decidióse, pues, que se seguirían á un mismo tiempo los dos planes. Sin embargo, en el momento de enderezar hácia el caballo su maza de armas, sintió Agenor que su corazón y su ánimo desmayaban.

—Pobre animal! exclamó, y tan bien como me ha servido.

—Y que pudiera todavía servirnos, añadió Muzaron, en caso de tener que recobrar á doña Aïssa.

—Tú hablas como un oráculo.

No mataré á mi pobre caballo; anda, Muzaron, quítale la brida y el arnés, y escóndelos con el resto del equipo en la caverna. El animal podrá andar errante sin ser conocido, y sabrá buscar su alimento, pues los animales son mas industriosos en este punto que el hombre. Si le ven, que es cuanto malo puede acontecerle, y á nosotros tambien, le llevarán al castillo, pero siempre estaremos en disposicion de defenderle ¿no es verdad?

—Sí, Monseñor.

Muzaron desató el caballo, le quitó los arneses y los ocultó en lo mas oscuro de la cueva, cuyo suelo era de una especie de cal sólida, sobre el cual el buen escudero, para mayor salubridad, amontonó alguna arena que habia cogido en su capa en las orillas del Tajo, y ademas otros arbustos.

El final de la noche se pasó en estos trabajos. El dia sorprendió

á nuestros dos aventureros en el fondo de su solitario asilo.

Un fenómeno singular hirió entonces sus oídos.

Por aquella especie de escalera en espiral que desde la falda de la montaña subia hasta lo mas elevado del castillo, se oian las voces de las gentes que se paseaban sobre la plataforma.

La voz, en lugar de subir simplemente, como sucede, resonaba dando vuelta á lo largo de las paredes de esta mansion, y luego salia de nuevo como un torbellino de agua.

De esto resultaba que desde el fondo de la caverna oia hablar Agenor á la distancia de mas de trescientos pies sobre su cabeza.

La primera fortificacion estaba situada encima de la cisterna. Hasta este punto era libre el paso para todos; pero el pais se encontraba tan desierto y devastado, que

á escepcion de las gentes del castillo, nadie se atreveria á meterse en este dédalo misterioso.

Agenor y Muzaron pasaron con la mayor tristeza su primera mañana. Bebieron agua porque tenian mucha sed; pero no pudieron comer nada, aunque era tambien mucha el hambre que tenian.

A la tarde, ó mas bien al anochecer, bajaron dos moros del castillo, conduciendo un borrico para llevar las provisiones que contaban reunir en el pueblecillo inmediato, distante una legua.

Al mismo tiempo cuatro esclavos vinieron del pueblecillo con jarreros, que querian llenar de agua en la fuente.

Entablóse la conversacion entre los moros del castillo y los esclavos. Pero era tan bárbaro el dialecto, que nuestros dos aventureros no pudieron comprender ni una sola palabra.

Los moros salieron para el lugar con los esclavos y volvieron á cosa de dos horas.

El hambre es muy mal consejero. Muzaron queria asesinar inhumanamente á estos infelices y echarlos al rio, para aprovecharse de sus provisiones.

—Seria un cobarde asesinato, que nos perjudicaria mucho delante de Dios, para el éxito de nuestro plan, dijo Agenor; usemos de otra estratagemas; Muzaron, mira que el camino es estrecho, y que la noche está muy oscura. Dificilmente podrá el asno por sí solo marchar por el sendero á lo largo del peñasco; no tenemos mas que empujarle cuando pase, é irá rodando hasta el fondo de la colina. Entonces durante la noche, recogeremos las provisiones que hayan quedado en el terreno.

—Es cierto, y muy propio de un cristiano caritativo, Monseñor,

replicó Muzaron... pero tal era el hambre que tenía, que no podía dejar de ser cruel.

Así lo hicieron. Las cuatro manos de los dos aventureros dieron tan violento empuje al amo cuando pasó rozando con el peñasco, que perdió el aplomo, y cayó por la terrible pendiente.

Los moros dieron furiosos gritos y golpearon al pobre animal; pero por más que trataron de reparar la pérdida, no pudieron llenar de nuevo los capachos vacíos.

Volviéronse, pues, tristes y desconsolados; el uno al lugarcillo con el asno muerto, y el otro al castillo con sus lamentaciones.

Entretanto nuestros dos hambrientos se abalanzaron con intrepidez á las rocas, y recogieron el pan y demás bastimentos.

De un solo golpe tuvieron provisiones para ocho días.

Con tan abundante comida, reco-

braron su valor y sus esperanzas.

Y fuerza es confesarlo, tenían harta necesidad de una cosa y otra.

Durante las otras dos horas mortales, nuestros vigilantes centinelas no percibieron ni oyeron nada mas que la voz de Hafiz que vagaba por la plataforma deplorando su servidumbre, la voz de Mothril que daba sus órdenes, y el ejercicio de los soldados. Nada indicaba que el Rey estuviese en Montiel.

Muzaron tuvo el atrevimiento de salir por la noche para ir á informarse al pueblecillo inmediato; pero nadie supo contestar á sus preguntas.

Agenor hizo tambien sus interpelaciones; mas no pudo sacar partido alguno.

Cuando se comienza á desesperar parece que el tiempo marcha con doble prisa.

La posicion de nuestros dos espías,

era muy crítica por el dia no se atrevian á descubrirse y por la noche no se atrevian á salir: porque durante su ausencia podia entrar alguno, y ese alguno podia ser el Rey.

Mas despues de pasar asi dos dias y medio, Agenor fué el primero que perdió el ánimo.

Era la noche del segundo dia y Mauleon regresaba del lugar donde habia vaciado su bolson sin poder averiguar nada.

Encontró á Muzaron desesperado en su caverna, y arrancándose á puñados los pelos, á pesar de los pocos que tenia.

Interpelando al honrado servidor, supo de él que abarrido de estar solo en la gruta, se habia quedado dormido; que durante su sueño habia subido al castillo una cosa muy semejante á un caballero, sin que Muzaron hubiese podido verle. No habia oido mas que las herraduras del caballo

ó de la mula.

—Podrá darse mayor desgracia! exclamó el escudero.

—No te desconsueles que ese no puede haber sido el Rey. Las gentes del lugar le consideran en Toledo: además de que no iría solo y el rumor de su huida se habría difundido. No, no es el Rey, no vendrá á Montiel. En vez de malgastar aquí nuestro tiempo, vamos en derechura á Toledo.

—Teneis razon, señor mio, aqui ya no tenemos que aguardar mas fortuna que oir la voz de Aïssa. Es muy graciosa, pero el canto del ave no es el ave como se dice en Bearne.

—Démonos prisa, Muzaron: recoge los arneses de los caballos, salgamos de aqui, y á caminar.

—No tardaré mucho, señor. Si supierais cuanto me fastidiaba el estar en esta caverna.

—Vamos, dijo Agenor.

En el mismo momento y como ya se hubiese levantado, le dijo Muzaron:

— Chit!...

— Qué es eso?

— Silencio! os digo; siento pasos.

Agenor entró en la caverna, y Muzaron estaba tan inquieto con aquel ruido, que se atrevió á arrastrar hácia sí á su señor, cogiéndole por el puño.

Sentíanse, en efecto, pasos precipitados por el camino que conducía al castillo.

La noche estaba cada vez mas oscura: los dos franceses se ocultaron en el fondo de la caverna.

En breve se presentaron tres hombres delante de sus ojos: caminaban con precaucion y bastante encogidos para que no los viesen desde la ciudadela.

Al llegar como á la distancia de tres pasos del manantial se detuvieron.

Iban en trage de labradores; pero todos tres tenian hachas y cuchillo.

—Ciertamente, dijo uno de ellos, ha seguido este camino; ahí están en la arena las señales de las herraduras de su caballo.

—Por consiguiente, hemos errado el golpe, repuso el otro dando un suspiro. ¡Válganos el diablo! hace algun tiempo que tenemos desgracia.

—Vos cazais venados demasiado corpulentos, añadió el primero.

—Lesby, raciocinas como un bruto, el capitan te lo dirá.

—Pero...

—Cállate... un buen venado muerto alimenta á su cazador por quince dias. Dies codornices ó una liebre apenas bastan para una comida...

—Sí, pero las codornices y las liebres se cogen á menudo, pero no así el ciervo ó el javalí.

—Lo cierto es que el otro dia la

erramos tambien, ¿no es verdad, capitán?

El que así era designado, dió un gran suspiro por única respuesta.

—Y luego, continuó el obstinado Lesby, ¿por qué cambiar á cada momento de pista y de presa? Lo que se debe hacer es seguir á una, y no parar hasta que se la coja.

—Has cogido tú en la venta, la otra noche, aquella alimaña que veniamos siguiendo desde Burdeos?

—Hum! dijo Muzaron al oido de su señor.

—Silencio! replicó Mauleon.

El hombre, á quien sus compañeros llamaban capitán, se incorporó entonces, y con voz imperiosa les dijo:

—Callad, y no comentéis mis órdenes. Qué os he prometido?

—Diez mil florines á cada uno.

—Con tal que los tengais, qué mas quereis?

—Nada, capitán, nada.

—Enrique de Trastamara vale cien mil florines para don Pedro: don Pedro vale otros tantos para Enrique de Trastamara. He creído poder cojer al uno, me he engañado: en poco estuvo el tener que dejar mi pellejo en la cueva de un leon: vosotros sois testigos. Pues bien: como el leon me ha salvado la vida, por gratitud yo debo cojer á su enemigo. Y lo cojeré. No se lo daré por nada, es cierto, á Enrique de Trastamara; pero lo venderé, y así todos quedaremos contentos.

Un gruñido de satisfaccion fue la respuesta de los dos acólitos de este hombre.

—Pero, Dios me perdone, Caverley está ahí á la distancia de mi mano, dijo Muzaron al oido de su señor.

—Silencio! repitió Mauleon.

Caverley, que era él en efecto, acabó así su profesion de fe:

—Don Pedro ha dejado á Tole-

do, y está en ese castillo. Es muy atrevido, y por via de prudencia ha andado solo el camino. En efecto, de un hombre solo, nadie hace caso...

—No, dijo Lesby, pero se puede coger.

—Diantre! no todo se puede preveer, replicó Caverley. Ahora concluyamos nuestro plan: tú, Lesby, te vas á reunir con Felipe, que tiene los caballos; tú, Becker, te quedarás aquí conmigo. El Rey no puede estar en el castillo hasta mañana, porque le aguardaban en Toledo; lo sabemos de positivo.

—Y despues? dijo Becker.

—Cuando pase, le acecharemos. Es preciso desconfiar de una cosa...

—Cuál?

—De que tal vez haya dado órden á los caballeros toledanos para salirle al encuentro... Por consiguiente debemos hacer aquí nuestro negocio..... Veamos, Lesby, tú

que eres diestro cazador de zorras, búscanos un buen parapeto entre estos peñascos, y nos ocultaremos detras de él.

—Capitan, yo siento agua por aquí... es algun manantial; ordinariamente los manantiales se abren un cauce por medio de los peñascos; hácia este lado debe haber una gruta.

—Pardiez! señor, somos perdidos! van á entrar aquí, dijo Muzaron, á quien Ageoor tapó la boca con su mano como con una mordaza.

—Mirad, exclamó Lesby; la caverna está allí.

—Muy bien, dijo Caverley. Déjanos, Lesby; vete á reunir con Filipe, y que los caballos estén cerca de aquí al amanecer.

Lesby se alejó; Caverley y Becker quedaron solos.

—Mira lo que es el talento, dijo el bandido á su compañero: yo ten-

go trazas de pirata, y soy el único político que comprende la situación. Dos hombres se disputan un trono; que se suprima á uno de ellos, y se concluye la guerra: por consiguiente, haciendo lo que yo hago, obro como cristiano y como filósofo; economizo la sangre de los hombres. Yo soy virtuoso, Becker, muy virtuoso!

Y el bandido se echó á reir haciendo esfuerzos por ahogar su voz.

— Veamos, dijo al fin, entremos en esa cueva... Adelante, Becker, adelante!

**De como Caverley perdió su bolsa y Agenor su espada.**

**L**a disposicion de la gruta, era la siguiente:

En primer lugar se veia el manantial, que se desprendia puro y cristalino de una bóveda de piedra, cayendo sobre los guijarros, en medio de los cuales se habia abierto un cáuce.

Luego, mas adentro, una gruta sinuosa, á la cual se llegaba por dos escaleras naturales.

Esta caverna estaba oscura durante el día y era necesario tener algo de zorra para adivinarla durante la noche.

Caverley evitó la caída perpendicular del manantial y subió á tientas los escalones.

Becker, mas ingenioso ó mas amigo de sus comodidades, se adelantó hasta el fondo de la caverna buscando mas abrigo y mas calor.

Agenor y Muzaron, los oían, los sentían, casi los veían.

Becker concluyó por acomodarse, é invitó á Caverley para que le imitase diciéndole:

—Venid, capitán, que hay sitio para los dos.

Caverley se dejó convencer y entró.

Pero como al andar hallase dificultades, repitió en tono de mal humor:

—Sitio para los dos! mas fácil es decirlo.

Y alargó los brazos para no tropezar en la bóveda de piedra ó en las paredes de la roca.

Pero desgraciadamente se encontró con la pierna de Muzaron, y cogiéndola dijo á Becker en voz alta:

—Becker, un cadáver!

—No, pardiez! exclamó el valiente Muzaron, apretándole la garganta, no es un cadáver, sino un hombre muy vivo que va á ahogarnos, amigo.

Aterrado Caverley, no pudo añadir una sola palabra; Muzaron le habia cogido los dos brazos y se los ataba con la cincha de uno de los caballos.

Agenor no tuvo mas que alargar las manos para hacer otro tanto con Becker, medio atortolado con un terror supersticioso.

—Ahora, capitan, dijo Muzaron, vamos á tratar del rescate. Tened en cuenta que nosotros somos muchos

y que el menor gesto ó el menor grito haria descargar sobre vuestras costillas un número infinito de puñaladas.

—No me moveré, no diré una palabra, murmuró Caverley, pero acabad pronto!

—Convienne en primer lugar que tomemos nuestras precauciones, dijo Muzaron, despojando á Caverley pieza por pieza de sus armas ofensivas y defensivas, con la destreza de un mono que monda una nuez.

Terminada la operacion con este, la emprendió con Becker.

Quitadas las armas, Muzaron pasó á la escarcela. Esta operacion la desempeñó con mayor delicadeza, sin que su conciencia le presentase el menor escrúpulo: cintos bien provistos y bolsas bien nutridas, pasaron al poder de Muzaron.

—Así los desbalijas? le dijo Agenor.

—Señor, le quito los medios de

hacer daño.

Pasado el primer momento de sorpresa, Caverley pidió permiso para hacer algunas observaciones.

—Desde luego, le contestó Agenor, con tal que hableis en voz baja.

—Quién sois, le dijo Caverley.

—Ah! esa es una pregunta muy peliaguda! replicó Muzaron; no es fácil que contestemos á ella.

—Habeis oido toda mi conversacion con mi gente?

—Sin perder una sola palabra.

—Diablo! es decir que sabeis mis proyectos?

—Como vos mismo.

—Pues bien! qué quereis hacer de mí y de mi compañero Becker?

—Eso es muy sencillo, nosotros estamos al servicio de don Pedro, os pondremos en sus manos, refiriéndole lo que sabemos de vuestras intenciones respecto á su persona.

—Eso no es muy caritativo, replicó Caverley, el cual debió ponerse

pálido en medio de las tinieblas. Don Pedro es cruel, y me hará sufrir mil tormentos: matadme antes, dándome una puñalada en el corazón.

—Nosotros no asesinamos á nadie, replicó Mauleon.

—Sí; pero don Pedro me asesinará.

Y un largo silencio de los vencedores demostró á Caverley que los habia convencido, puesto que no sabian qué contestarle.

Agenor consultaba consigo mismo.

La inesperada presencia de Caverley le habia revelado la presencia de don Pedro en Montiel. Este hombre habia sido el perro de caza de olfato infalible que sigue la pista á la presa que busca su señor. Este servicio prestado involuntariamente á Mauleon, le pareció asaz importante para inclinarle á la clemencia. Además, su enemigo estaba desarmado y despojado de todo cuanto pu-

diese servirle para hacer daño.

Estas mismas reflexiones las habia hecho Muzaron. Tenia tal costumbre de pensar con su señor, que en sus dos entendimientos nacian á la vez las mismas inspiraciones.

Pero este silencio no habia sido inútil para Caverley, que lo habia empleado como hombre de habilidad.

—Habia reflexionado que desde el principio de la desagradable conversacion que acababa de tener con los desconocidos, solo habian hablado dos voces; medio á tientas, y volviéndose hácia todas partes, se habia convencido de que la gruta era muy estrecha para que en ella cupiesen mas de cuatro hombres.

A escepcion de las armas, la partida era igual.

—Pero para tener armas, era necesario poder mover las manos, y

las manos estaban atadas.

Esa providencia tenebrosa que protege á los bandidos, y que no es otra cosa mas que la debilidad de los hombres de bien, esa providencia vino en ayuda de Caverley.

—Ese Caverley, habia dicho para sí, Agenor me va á estorbar mucho. En mi lugar, él sabria salir del apuro con una puñalada, y luego echaria al Tajo mi cadáver: estos son métodos muy sencillos pero yo no quiero emplearlos. Me estorbará, repito, cuando yo quiera salir de aquí, y querré salir tan pronto como tenga noticias ciertas de Aïssa y de don Pedro.

Hecha esta reflexion, Mauleon que era hombre de expediente, cogió á Caverley por el brazo, y trató de desatarle él mismo, diciéndole:

—Maese Caverley; aunque sin saberlo, me habeis hecho un gran

servicio ; si , don Pedro os mataria , y yo no quiero que murais así , cuando tan buenas horcas hay en Inglaterra y en Francia.

A cada palabra , el imprudente caballero desataba un nudo.

— Por consiguiente , continuó Mauleon , os doy la libertad , aprovechaos de ella para huir , y procurad enmendaros.

Y al decir esto , acabó de desatar la correa.

Apenas Caverley tuvo libres y desembarazados los brazos , se avanzó sobre Agenor y trató de arrancarle su estoque diciéndole :

— Con la libertad devolvedme mi bolsa.

Ya casi tenia el cuchillo y lo acomodaba en su mano para herirle , cuando Mauleon le descargó un puñetazo que le hizo rodar por medio del manantial y luego por las escaleras de la gruta.

Caverley , semejante al pez que

escapa de la red del pescador y siente de nuevo el elemento que le vivifica, respiró el aire libre con delicia, saltó fuera de la caverna y echó á correr por el camino del lugar.

—Voto al diablo! mi señor, exclamó furioso Muzaron que le habeis dado un lindo golpe! Dejadme correr que yo le cogeré.

—Para qué? repuso Agenor, si lo que yo queria era darle la llave de los campos.

—Locura! insigne locura! No dejará de jugarnos el tunante alguna mala pasada, volverá... hablará...

—Calla, necio, dijo Agenor dando de codo á Muzaron para que este con su indiscreto entusiasmo no fuese á comprometerle delante de Becker; si vuelve le entregaremos á don Pedro á quien avisaremos esta misma noche.

—Eso es diferente, murmuró Ma-

zaron , que comprendió la astucia.

—Vamos , buen amigo , desata tambien los brazos á ese honrado Becker , y dile que si Caverley , Filipo , Lesby y Becker , esos cuatro ilustres caballeros se hayan todavia mañana en estas cercanias , serán colgados todos en las almenas de Montiel ; pues por aquí entendemos la policia algo mejor que en Francia.

—Oh! no lo olvidaré , perded cuidado , señores , dijo Becker ébrio de gozo y de gratitud.

Este no pensaba en armarse contra sus bienhechores. Les besó la mano y desapareció ligero como un ave.

—Ah , señor , señor , suspiró Muzaron , y cuantas aventuras.

—Oh! señor escudero , dijo Agenor , cuantas lecciones teneis que recibir antes de ser lo que quereis! No conoceis que ese Caverley nos

ha descubierto donde está don Pedro; que no sabiendo quienes somos, se figura que somos los guardias de don Pedro, y que por consiguiente vá á dejar el pais tan pronto como pueda! En fin, qué mas quieres? no tienes armas y dinero?

—Ah, señor, soy un torpe.

—Sea en buen hora!

—Pero cuidado con descuidarnos, señor, porque el diablo y Caverley son la gente mas sutil del mundo...

—Cien hombres no pueden con nosotros en esta caverna. Aqui podremos dormir alternativamente, replicó Mauleon, y aguardar las noticias de mi querida, puesto que el cielo nos ha dado ya noticias de don Pedro.

—Señor, yo no desespero ya de nada, y si alguno me dijese: «La señora Aïssa va á bajar á visitaros á este nido de culebras» yo le cree-

ria y le diria «Gracias por la noticia, buen hombre.»

En este momento un pequeño ruido lejano, pero cadencioso y acompasado, hirió los oídos perspicaces de Muzaron.

—A fé que teniais razon, dijo: ese es Caverley que va á galope... os puedo jurar que siento cuatro caballos... ha reunido sin duda sus ingleses huyendo de las almenas, con que les habeis amenazado... A no ser que vengan hácia aquí... pero no, el ruido se aleja, va espirando... Adios, feliz viaje, hasta otra vista, capitán del diablo.

—Ah, Muzaron! exclamó Agenor de improviso, yo no tengo mi espada!...

—El bribon os la habrá robado señor, dijo Muzaron. Qué lastima, una hoja tan preciosa!...

—Con mi nombre grabado, en el puño. ¡Ah, Muzaron, el malvado va á conocerme!

—Eso no será hasta la noche, caballero... y á la noche ya estará á mucha distancia. ¡ Condenido de Caverley !... ¡ qué siempre ha de robar el maldito alguna cosa!

Al dia siguiente al amanecer, sintieron bajar del castillo dos hombres que conversaban con viveza.

Eran el mismo Rey don Pedro y Mothril.

El moro traia de la brida el caballo.

Al verles, toda la sangre de Agenor se le subió á la cabeza.

Quería arrojarse sobre sus enemigos para coserlos á puñaladas y terminar esta lucha; pero Muzaron le detuvo.

—Estais loco, señor! le dijo. Cómo! quereis matar á Mothril, sin tener á Aïssa!... y quién os responde de que, lo mismo que en Navarrete, los que custodien á Aïssa, no tengan órden de asesinarla, en

caso de morir. Motbril, ó de caer prisionero?

Agenor se estremeció.

—Oh! tú me amas verdaderamente dijo: sí, tú me amas.

—Pardiez; ya lo creo!... Os figurais que no tendria yo tambien mi rato de satisfaccion en acabar con ese moro que tanto mal ha hecho?... Sí, yo le mataré pero á tiempo, en una ocasion oportuna...

Vieron pasar al alcance de sus manos estos dos hombres, objeto legítimo de su natural aversion, y casi rozaron con ellos sin atreverse á quitarles la vida.

—La fortuna se burla de nosotros! exclamó Agenor.

—Y os quejais así, señor! dijo Muzaron; vos que si no fuera por Caverley, os hubierais marchado ayer, sin saber donde estaba don Pedro, sin tener noticias de Aïssa. Pero silencio! Oigámosles.

—Gracias , decia don Pedro á su primer ministro ; yo creo que se conseguirá su curacion , y que al fin me amará.

—No lo dudeis , señor. Curará, porque Hafiz y yo iremos á coger, segun el rito prescrito , la yerba que sabeis. Y luego no será difícil que os ame , porque nada le desagrada ya en vuestra corte... pero blemos de asuntos sérios. Averiguad si la noticia es segura. Diez mil compatriotas míos , deben desembarcar en Lisboa , y subir el Tajo hasta Toledo. Id á Toledo , donde teneis tanto partido. Animad á vuestros leales defensores. El dia en que Enrique esté en España , le cojereis de un solo golpe , á él y á su ejército , entre la ciudad á la cual ponga sitio , y el ejército de los sarracenos vuestros aliados , á cuya cabeza iré á ponerme yo cuando se halle al frente de Toledo. De esto depende el triunfo verdadero,

infalible.

—Mothril, tu eres un hábil ministro. Suceda lo que quiera, yo siempre diré que me has sido leal.

—Que cara tan fea pondrá el indigno moro, para parecer gracioso! dijo Muzaron al oído de su señor.

—Antes de que os deje para volver al castillo, dijo Mothril, tengo que daros un postrer consejo; negaos á cuantas propuestas de dinero os haga el principe de Gales, hasta que tome partido con vos. Esos ingleses son unos pérfidos.

—Sí, y ademas de que el dinero abunda poco.

—Razon en mi favor. Adios, señor, de hoy mas saldreis victorioso y sereis feliz.

—Adios, Mothril.

—Adios, señor.

Los dos aventureros tuvieron que sufrir por segunda vez, el suplicio,

de ver volver lentamente á Mothril, el cual con una sonrisa infernal en los lábios, se dirigia al castillo, tan ambicionado de Agenor.

—Apoderémonos de él, dijo el jóven: subamos con él; digámosle que si no nos entrega á Aïssa le quitaremos la vida, y á trueque de vivir, nos la entregará.

—Sí, y luego en el camino, cuando volvamos á bajar, nos abrumará con pedazos de roca. Muy gananciosos saldriamos en verdad. Ya os dije que tengais paciencia; Dios es bueno...

—Bien, pero puesto que á todo te niegas respecto á Mothril, no perdamos siquiera la ocasion que se nos ofrece con respecto á don Pedro: va solo, nosotros somos dos: cojámosle, y asesinémosle, si se opone, y si no se resiste, conduzcámosle á presencia de don Enrique de Trastamara, para probarle que

le hemos encontrado.

— ¡Magnífica idea! desde luego la adopto, exclamó Muzaron: os sigo, señor.

Aguardaron que Mothril hubiese llegado á la plataforma del castillo; entonces se aventuraron á salir del agujero.

Pero cuando dirigieron sus miradas hácia la llanura, vieron á don Pedro al frente de una partida de cuarenta hombres, lo menos. Caminaba pacíficamente en dirección á Toledo.

— ¡Ah, pardiez! muy estúpidos hemos sido... Perdonad, señor, muy crédulos, dijo Musaron. Cómo había de dejar solo Mothril, á don Pedro!... sin duda, esos guardias han salido á esperarle desde el lugarcillo.

— ¿Prevenidos por quién?

— ¡Toma! por los moros de ayer noche, ó por alguna señal del castillo.

— Dices bien; no pensemos ya mas que en ver á Aïssa si es posible, ó en volvernós á donde está don Enrique.

**Hafiz.**

**L**a ocasion tan deseada, no se presentó.

Nadie salió del castillo, sino algunos forrageadores.

Tambien vino un mensagero. Pero la corneta del castellano habia anunciado su llegada; asi es, que nuestros aventureros no juzgaron prudente detenerle.

Hácia la noche, cuando todo se queda silencioso, cuando los mismos

ruidos que suben del río á la montaña, parecen sordos y apagados, cuando el cielo se oscurece hasta en el horizonte, y los peñascos parecen fantasmas en medio de las tinieblas, oyeron nuestros dos amigos una conversacion muy animada entre dos personas, cuyas voces sin duda alguna conocian.

Motbril y Hafiz se reconvenian al bajar de la plataforma del castillo, hácia el sendero que guiaba á las puertas.

— Señor, decia Hafiz, tu me has hecho encerrar, cuando el Rey estaba allí, tu me habias prometido presentarme á él, tu me habias prometido tambien mucho dinero. Yo me fastidio al lado de esa jóven que me obligas á custodiar; yo quiero hacer la guerra con nuestros compatriotas que vuelven del pais y suben el Tajo en este momento en barcos de velas blancas. Asi, págame pronto, mi señor, y que yo pueda marcharme cerca

del Rey.

—Con que quieres abandonarme, hijo mio? dijo Mothril, tan mal amo soy para tí?

—No, pero yo no quiero ya tener ningun amo.

—Yo puedo conservarte en mi poder, dijo Mothril, porque yo te amo.

—Pues yo no te amo. Tu me hiciste cometer acciones infames que llenan mis sueños de fantasmas horribles; yo soy demasiado jóven para sujetarme á vivir asi. Págame y dame la libertad, ó iré á buscar á alguno á quien le diga todo.

—En ese caso, tienes razon, respondió Mothril; sube al castillo, que ahora mismo voy á pagarte.

Segun bajaban, Hafiz estaba detras y Mothril delante. El camino era tan estrecho, que para volver á subir Hafiz debia estar delante y Mothril detras.

Empezaba á oirse el canto del

mochuelo y un color violado habia sucedido al matiz purpurino, en la superficie del lago.

De repente un grito horrible, una espantosa blasfemia hendió los aires, y un cuerpo pesado, sangriento, vino á aplastarse delante de la caverna donde nuestros dos amigos escuchaban con tanta atencion.

Respondieron con un grito de espanto al grito fúnebre.

Las aves noturnas se metieron asustadas en sus madrigueras, y los mismos insectos huyeron á sus guaridas.

Pronto un mar de sangre enrogeció el agua de la cisterna.

Agenor, pálido y trémulo, sacó la cabeza de su escondrijo y el semblante lívido de Muzaron vino á colocarse al lado del de su amo.

Hafiz! exclamaron los dos al ver á tres pasos el cadáver inmóvil y hecho pedazos del pobre compañero de Gil Perez.

—Infeliz muchacho! murmuró Muzaron, saliendo de la caverna para prestarle auxilio, si todavía era tiempo.

Ya las sombras de la muerte se estendian sobre aquel rostro bronceado; los ojos extraordinariamente dilatados se le iban apagando por grados y un aliento pesado, mezclado en sangre, salia con mucho trabajo del destrozado pecho del moro.

Reconoció á Muzaron y sus facciones espresaron un asombro supersticioso.

En efecto, el miserable creia ver sombras vengadoras.

Muzaron le levantó la cabeza; Agenor le dió agua fresca para lavar su frente y sus heridas.

—El francés! El francés! dijo Hafiz bebiendo con avidez, Alá! perdóname!

—Ven con nosotros, pobrecillo; nosotros te curaremos, dijo Agenor.

—No, yo estoy muerto, muerto como Gil Perez, murmuró el sarraceno... muerto como lo merecia, asesinado, Mothril me ha arrojado desde lo alto de la rampla del castillo.

Un movimiento de horror que Mauleon no pudo contener, fué observado por el moribundo.

—Frances, exclamó, yo te odiaba, pero desde hoy ceso de aborrecerte, porque tú puedes vengarme... Doña Maria de Padilla era su protectora. Mothril envenenó á Maria, y se aprovechó del aturdimiento de Aïssa para darle una puñalada. Dí eso al Rey don Pedro, díselo pronto... pero salva á Aïssa, si la amas; porque dentro de quince dias cuando don Pedro vuelva al castillo, Mothril, debe entregarle á Aïssa adormecida por un brebage mágico... Yo te hice mal, pero ahora te hago bien; perdóname y véngame. Alá!...

Y cayó de nuevo exánime, volvió los ojos con doloroso esfuerzo hácia el castillo para maldecirlo, y espiró.

Durante mas de un cuarto de hora, los dos amigos no pudieron recobrar su serenidad, ni darse cuenta de lo que les pasaba.

Aquella horrible muerte, aquella revelacion estraña, y aquellas amenazas para el porvenir, les habian llenado de un asombro indecible.

Agenor se levantó el primero. Dentro de quince dias dijo, estaremos tranquilos, dentro de quince dias ó don Pedro ó Mothril ó yo, estaremos muertos. Ven, Muzaron, vamos al campo de Enrique á darle cuenta de la mision que me ha encomendado. Pero apresurémonos: busca nuestros caballos en la llanura.

En efecto, Muzaron sin saber lo que se hacia, logró encontrar

los caballos, que no tardaron en correr á su voz.

Los equipó, los cargó y saltando ligeramente sobre la silla, tomó el camino de Toledo, en el cual su señor le llevaba ya alguna delantera.

Cuando se encontraron en la llanura y el siniestro castillo se destacó perfilado de negro sobre el oscuro fondo del cielo, exclamó Agenor con voz de trueno y mostrando su puño á las ventanas del castillo:

—Mothril! Mothril hasta otra vez. Amor mio, aguardame pronto.

### Preparativos.

**L**a pólvora no se inflama mas pronto que la revolucion en los estados de don Pedro.

A no haber sido por el temor de ser invadidos por los reinos vecinos, los habitantes de las Castillas se hubieran pronunciado todos en favor de don Enrique, no bien publicó un manifiesto en que anuncia-

ba su vuelta á España con un ejército mandado por el condestable Beltran Dugueselin.

En pocos dias , los caminos se cubrieron de soldados de fortuna, de ciudadanos decididos , de frailes de todas las órdenes religiosas, y de bretones que marchaban hácia Toledo. Pero Toledo , fiel á don Pedro , como Beltran lo habia previsto , cerró sus puertas , armó sus murallas , y aguardó los sucesos con actitud hostil.

Enrique no quiso perder tiempo. Cercó la ciudad y comenzó un sitio en toda regla. Este estado de hostilidad le era muy favorable, puesto que daba tiempo á que sus aliados se fuesen reuniendo bajo sus banderas.

Por otra parte , don Pedro se multiplicaba. Enviaba correos sobre correos al Rey de Granada , al Rey de Portugal , al Rey de Aragon y de Navarra sus antiguos amigos.

Negociaba con el príncipe de Gales, el cual hallándose enfermo en Burdeos, parecía haber perdido algo de su energía para la guerra, y se preparaba con el reposo á esa muerte cruel que tan temprano vino á robarle un porvenir glorioso.

Los sarracenos anunciados por Mothril, habian desembarcado en Lisboa. Despues de algunos dias de refresco, comenzaron á subir el Tajo en buques que el Rey de Portugal les habia facilitado, precedidos de tres mil caballos que enviaba á don Pedro su aliado el monarca portugués.

Enrique tenia á su favor las poblaciones de Galicia y de Leon, y ademas un ejército homogéneo, cuyo centro principal formaban los cinco mil bretones mandados por Oliverio Dugesclin.

Solo esperaba noticias de Mauleon, cuando este se presentó en

el campo con su escudero, y refirió punto por punto lo que había hecho y lo que había visto.

El Rey y Beltran escucharon su relacion con profundo silencio.

— Como ! dijo el condestable, Mothril no ha salido con don Pedro?

— Espera la llegada de los sarracenos para ir á ponerse á su cabeza.

— Se pueden mandar cien hombres á Montiel para que se apoderen de él antes de nada, dijo Beltran. Agenor irá al frente de la expedicion, y como no creo que haya muchas razones para respetar á ese Mothril, mandará levantar una horca en las orillas del Tajo, y colocará en ella al sarraceno, al asesino, al traidor...

— Señor, señor, dijo el caballero Mauleon, vos sois bastante bueno para comprometerme vuestra amistad y vuestro apoyo. No me lo

negueis hoy : yo os suplico que de-  
 jeis vivir tranquilo y sin desconfian-  
 za al sarraceno en su castillo de  
 Montiel.

— Y por qué ? ese es un nido que  
 debemos destruir ?

— Señor condestable , es un pun-  
 to de apoyo , que conozco bien , y  
 cuya utilidad os probará el porve-  
 nir. Ya sabeis que cuando se quie-  
 re cojer al zorro , no se hace caso  
 de su madriguera , y se pasa por  
 delante de la entrada sin mirarla ;  
 de otro modo la abandona y ya no  
 vuelve.

— Y despues ?

— Señores , dejad á Mothril y á  
 don Pedro , en la inteligencia de que  
 nadie sabe de ellos , y de que son  
 inviolables en el castillo de Mon-  
 tiel ; mas tarde , quizá nos conven-  
 ga dar un golpe de mano , y co-  
 jerlos á entrambos en su madi-  
 guera.

— Alguna otra razon tienes , Age-

nor, dijo el Rey.

—No señor, yo jamas he mentido; ciertamente, esa no es mi única razon. La verdadera es que en el castillo está un amigo mio, un amigo á quien Mothril mandará asesinar, si se le estrecha muy de cerca.

—Pues dilo así! exclamó Beltran y no creas nunca que vacilaremos en darte lo que desees.

Despues de esta conferencia, que tranquilizó á Mauleon sobre la suerte de Aïssa, los gefes del ejército activaron vigorosamente el sitio de Toledo.

Los habitantes se defendieron con tal denuedo que esta ciudad fue teatro de grandes hechos de armas y muchos ilustres sitiadores perdieron la vida ó fueron heridos gravemente en las escaramuzas que con los sitiados tenian á cada paso.

Pero estos combates sin consecuencia no eran mas que el prelu-

dio de una accion general, asi como los relámpagos y el choque de unas nubes con otras son el preludio de la tempestad.

**Don Pedro dentro de los  
muros de Toledo.**

**D**on Pedro acababa de arreglar en Toledo, ciudad de segura defensa y numerosos recursos, todos sus negocios con sus súbditos y aliados.

Los toledanos habian andado flotando de uno á otro partido, en esta interminable cadena de guerras civiles; se trataba de darles un golpe moral, que les adhiriese para

siempre á la causa del vencedor Navarrete.

Este era el título mas brillante de don Pedro. En efecto, si los toledanos no sostuviesen esta vez á su príncipe, y saliese vencedor en la próxima batalla, como habia salido en la anterior, Toledo quedaba perdido para siempre; don Pedro no podría perdonarle jamas.

Conocia bien este hombre sagaz, que una gran poblacion no obedece realmente á otros impulsos mas que al hambre y á la codicia.

Mothril se lo repetia diariamente. Tratábase, pues, de mantener á los toledanos y de entretenerlos con la esperanza de grandes despojos.

Don Pedro no pudo conseguir entrambos resultados.

Prometió mucho para el porvenir, pero no tuvo nada para el presente.

Cuando los toledanos se aperci-

bieron de que los víveres escaseaban en el mercado y que los graneros estaban vacíos, comenzaron á murmurar:

Unos veinte hombres acomodados, adictos al conde de Trastámara, ó cuando menos, animados de un espíritu de oposicion, fomentaban estas quejas y la mala disposicion de los ánimos que en la ciudad se advertia.

Don Pedro consultó á Mothril sobre este punto.

—Esas gentes, le respondió el moro, son capaces de haceros la jugada de franquear mientras dormís una de las puertas de la ciudad al enemigo: entrarán diez mil hombres, se apoderarán de vuestra persona, y se concluirá sin mas ni mas la guerra.

—Y qué debo hacer?

—Una cosa muy sencilla. En España os llaman don Pedro el cruel.

—Ya lo sé... y no merezco á la

verdad semejante epíteto á no ser que quieran aplicármelo por algunos actos de justicia seca.

—No trato de discutir eso..... pero si vos habeis merecido ese nombre, ya no se debe temer incurrir en la censura que lleva consigo: si no lo habeis merecido, tratad de justificarlo con alguna buena ejecucion que enseñe á los toledanos la fuerza de vuestro brazo.

—Sea, repuso el Rey. Esta noche mismo tomaré una terminacion.

En efecto, don Pedro hizo que le designasen los descontentos de quienes hemos hablado; se informó de su habitacion y de sus costumbres; y aquella misma noche con cien soldados mandados por él mismo en persona allanó las casas de cada uno de aquellos facciosos, y los mandó degollar.

Sus cuerpos fueron arrojados al Tajo. Un poco de ruido nocturno, mucha sangre lavada con mucho

cuidado, hé aquí lo único que demostró á los toledanos cómo el Rey sabia administrar justicia y gobernar la ciudad.

No murmuraron, pues, una sola palabra, y se pusieron á comer sus caballos con el mayor entusiasmo.

El Rey les felicitó por ello.

—Dentro de las muros de esta ciudad no necesitáis caballos, les dijo don Pedro. No hay que hacer grandes corridas; y en cuanto á las salidas, Dios proveerá! y si no, las haremos á pie.

Después de los caballos, los toledanos tuvieron que comerse sus mulas. Terrible necesidad para un español! La mula es un animal nacional, y casi se le mira como un compatriota. Se sacrifican los caballos en las corridas de toros; pero á las mulas se les reserva la tarea de arrastrar por la arena los toros y caballos muertos.

Por consiguiente , los toledanos se comieron sus mulas , suspirando.

Enrique de Trastamara les dejaba comer en paz.

Esta ejecucion de las mulas inspiró grande energía á los sitiados, los cuales salieron á buscar víveres ; pero el Tartamudo de Villena y Oliverio de Mauny , que no se habian comido sus caballos , les dieron una cruel batida , obligándoles á restituirse á sus trincheras.

Don Pedro les sugirió una idea nueva.

La de comer el forraje que ya no necesitaban las mulas y caballos, puesto que habian muerto.

Este recurso duró ocho dias , y despues hubo que apelar á otra cosa.

Justamente las circunstancias no eran muy favorables.

El príncipe de Gales , enojado por no recibir las sumas de dinero que don Pedro le debia , habia enviado á Toledo tres comisionados

con una nota de los gastos de la guerra.

Don Pedro consultó á Mothril sobre este nuevo apuro.

—Los cristianos, respondió Mothril, gustan mucho del fausto de las ceremonias, y de las fiestas públicas: en la época en que teníamos toros, os hubiera aconsejado que dieseis una brillante corrida; pero como en el día no los tenemos, es preciso inventar alguna cosa equivalente.

—Hablad, Mothril.

—Esos comisionados vienen á pedirnos dinero. Todo Toledo aguarda vuestra respuesta: si os negais á la demanda, señal de que vuestras cajas están vacías; entonces no contéis ya con nadie.

—Pero yo no puedo pagar, pues no tengo ni un maravedí.

—Bien lo sé, señor, yo que por desgracia mia administro la hacienda; no obstante, á falta de dinero,

es preciso tener ingenio. Vais á invitar á los comisionados á que vayan con gran pompa á la catedral. Allí, en presencia de todo el pueblo, que estará muy embelesado al ver vuestras vestiduras reales, el oro y las pedrerías de los ornamentos sacerdotales, la riqueza de las armaduras, y los ciento cincuenta caballos que quedan en la ciudad, como una muestra de animales curiosos, cuya raza se ha perdido; allí, repito, revistiéndoos de todo el carácter de Rey que pretenden negaros vuestros enemigos, debeis decir en alta voz.

—Señores diputados: teneis plenos poderes para tratar conmigo?

—Sí, dirán, nosotros representamos á S. A. el príncipe de Gales, nuestro señor.

—Pues bien, les contestareis: venís á pedirme la suma de dinero que yo me habia obligado á pagarle?

—Sí, responderán.

—Yo no niego la deuda, replicareis. Solo hay la dificultad que se habia convenido entre S. A. y yo, que en cambio de esa suma, tendria yo la proteccion, la alianza y la cooperacion de los ingleses.

—Pero si yo la he tenido, exclamó don Pedro.

—Si, pero no la teneis ya y os arriesgais á tener lo contrario... Lo que hay que obtener de ellos antes que nada es la neutralidad: puesto que si ademas del ejército, Enrique de Trastamara y los bretones mandados por el condestable, teneis que combatir á vuestro primo el príncipe de Gales y á veinte mil ingleses, debeis consideraros por perdido y los ingleses se cobrarán por su propia mano de vuestros despojos.

—Me lo negarán, Mothril, puesto que yo no pagaré.

—Si tuviesen que negarlo, ya lo

hubieran hecho. Pero los cristianos tienen demasiado amor propio para decirse unos á otros que han sido engañados. El príncipe de Gáles querria mejor perder cuanto le debeis y pasar por haber sido pagado que ser pagado sin que se sepa... Dejadme concluir... vuestros diputados os dirán que les pagueis... y vos debeis contestarles:

— «De todas partes se me amenaza con las hostilidades del príncipe de Gáles... Si así fuese, quisiera mejor perder todo mi reino que dejar en pié una alianza con un príncipe tan desleal. Juradme, pues, que dentro de dos meses S. A. cumplirá, no la promesa que ha hecho de ayudarme, sino la que hizo antes, de ser neutral, y eu estos dos meses os lo juro sobre los santos Evangelios que aqui veis, que estareis pagados, pues tengo todo el dinero dispuesto.»

Los diputados jugarán para te-

ner el derecho de volver pronto á su pais, entonces vuestro pueblo estará contento y animado, seguro de no tener ya nuevos enemigos, y despues de haber comido sus caballos y sus mulas, comerá todos los ratones y demas alimañas de Toledo, que no son pocas por la inmediacion de los peñascos y del rio.

—Pero dentro de dos meses, Mothril....

—No pagareis un ducado ciertamente, pero habreis ganado ó perdido la batalla que tenemos que dar: dentro de dos meses, ora seais vencedor ó vencido, no teneis necesidad de pagar vuestras deudas; vencedor, porque tendreis mas crédito del que háyais menester; vencido, porque estareis peor que insolvente.

—Pero y mi juramento sobre los evangelios?

—Muchas veces habeis hablado de haceros musulman; y esa será

la mejor oportunidad, príncipe mio. Si os entregais en cuerpo y alma á Mahoma ¿qué diablo teneis ya que ver con Jesucristo?

—Execrable pagano! murmuró don Pedro. Vaya unos consejos!

—No diré que no, repuso Mothril; pero vuestros leales cristianos no os dan ningunos; de consiguiente mas valen lo míos.

Don Pedro, despues de haber reflexionado mucho; ejecutó punto por punto el plan de Mothril.

La ceremonia fué imponente: los toledanos se olvidaron de su hambre al ver la magnificencia de la córte y el aparato de la pompa guerrera.

Don Pedro desplegó tanta magnanimidad, pronunció tan bellos discursos y juró tan solemnemente, que los diputados, despues de haber jurado la nentralidad, se mostraron mas contentos y satisfechos que si les hubieran pagado al con-

tado.

—Y qué me importa todo, en resumidas cuentas! decía don Pedro: esto durará tanto como yo.

Fué mas feliz de lo que esperaba; porque, segun las previsiones de Mothril, un gran refuerzo de africanos llegó por el Tajo, y forzó las líneas enemigas para abastecer á Toledo; de suerte que don Pedro, al contar sus fuerzas, se encontró con un ejército á sus órdenes de ochenta mil hombres entre judios, sarracenos, portugueses y castellanos.

Se habia mantenido á la expectativa durante estos preparativos, cuidando su persona con grande esmero, y no dejando nada á la aventura, que por un accidente aislado podia hacerle perder los resultados del gran golpe que meditaba.

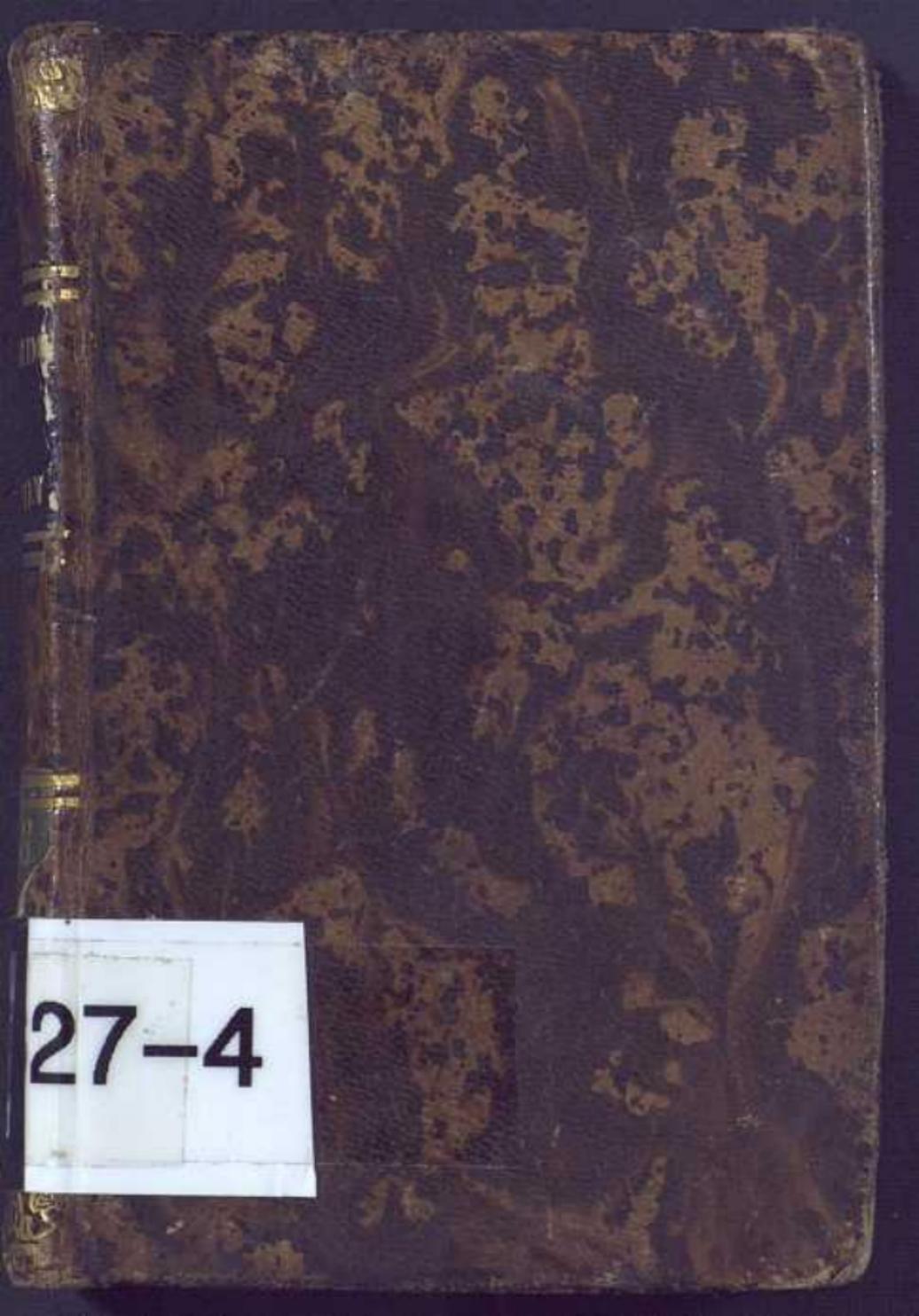
Don Enrique, por el contrario, organizaba ya su gobierno como un

Rey elegido y asegurado en el trono. Quería que al otro día de una acción que hubiese puesto en sus manos la corona, esta dignidad real fuese tan sólida y robusta como la consagrada por una larga paz.

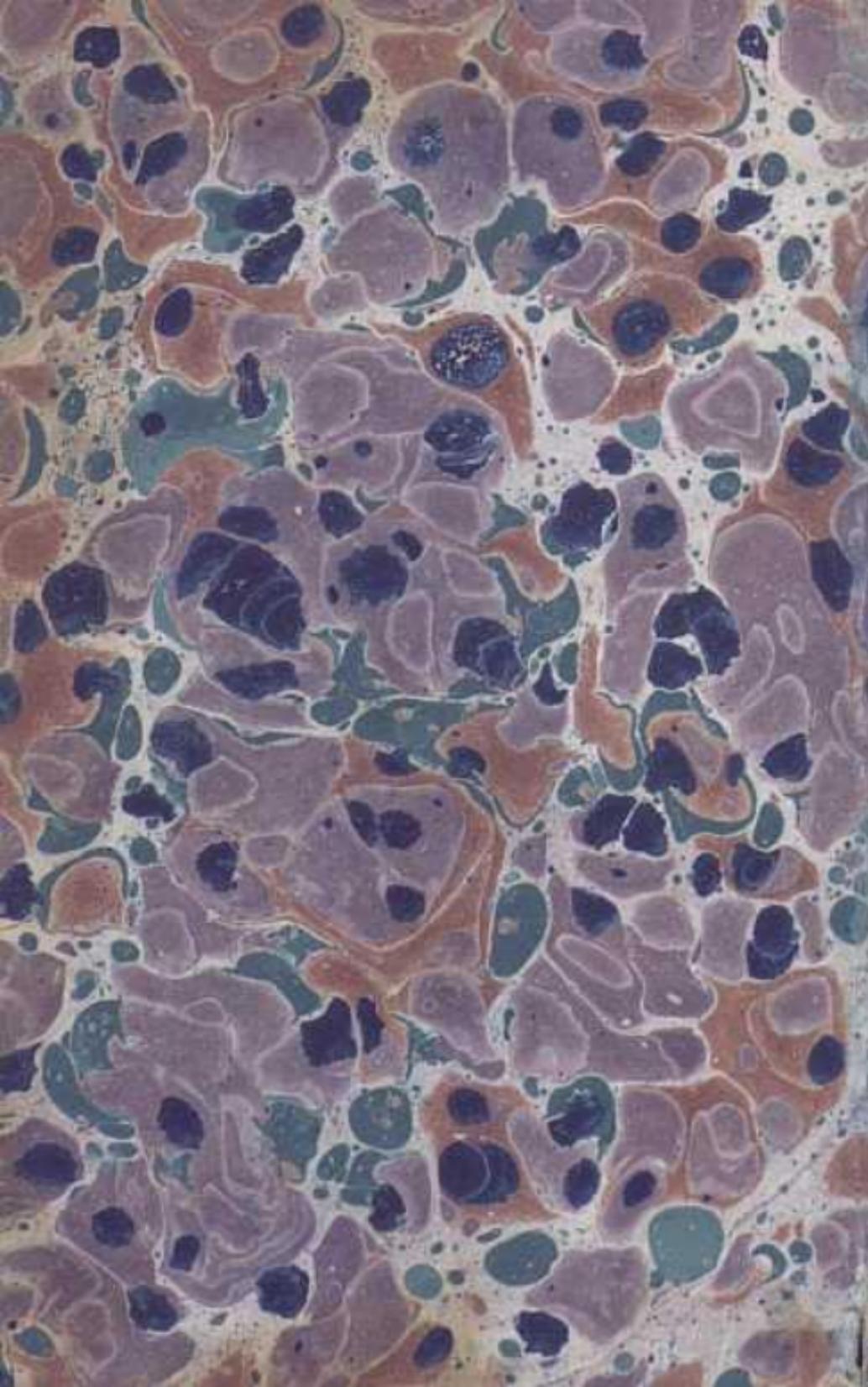
FIN DEL TOMO SÉTIMO.

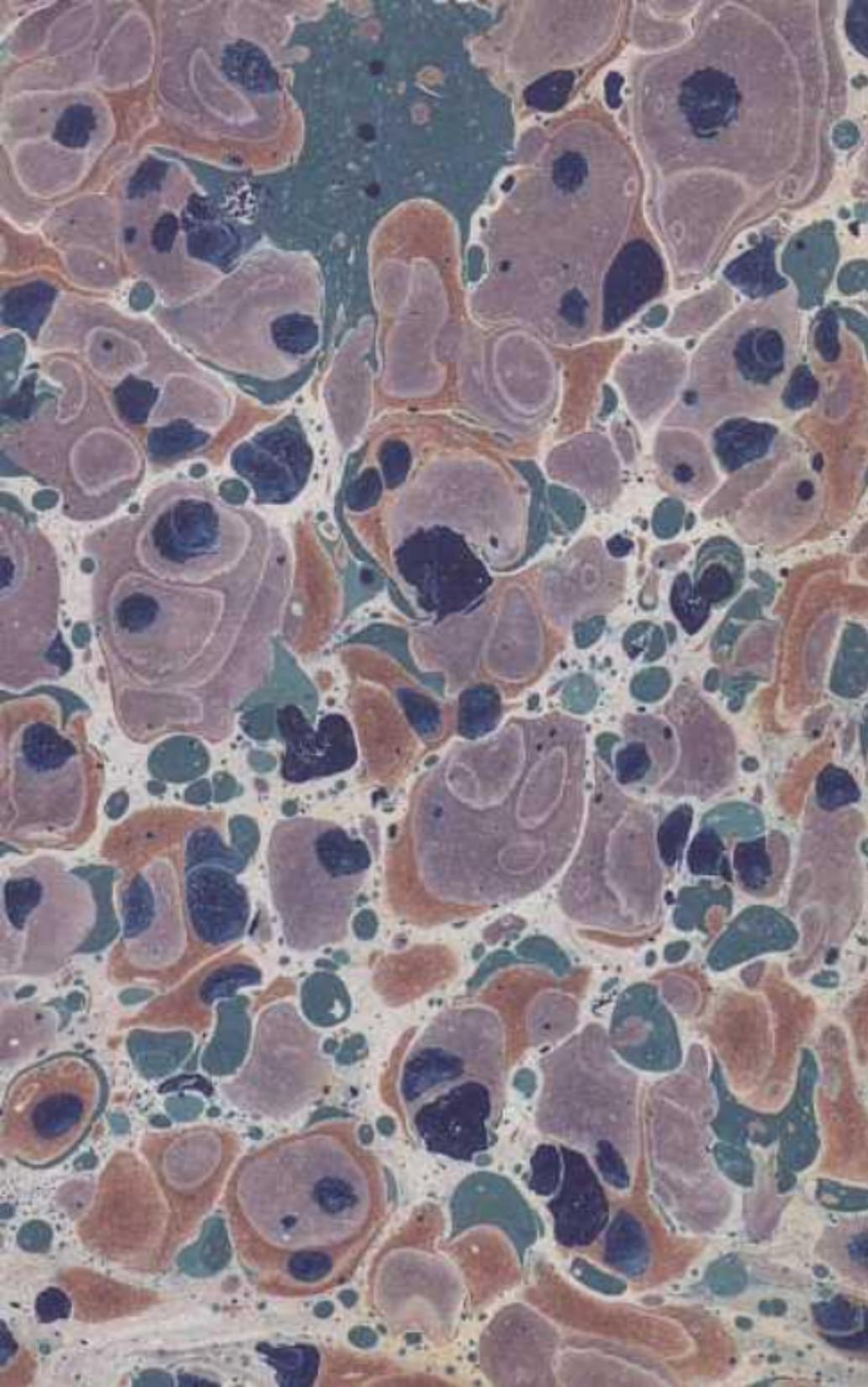
1871  
The object of this work is to  
show the progress of the  
science and the history of the  
art in the various countries  
of the world from the earliest  
times to the present day.

THE END OF THE WORLD



27-4







**EL BASTARDO**  
de  
**MAULEON.**

---

VII.



